

MANDEN FLORES A LA LUNA



J. CARNICERO

Manden flores a la luna

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito legal: B. 22.877 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 —Barcelona

PROLOGO

El 16 de setiembre de 1959, a las 22 horas y 2 minutos, los aparatos de radio de todos los países anunciaron que, por vez primera, un cohete lanzado desde la Tierra acababa de llegar a la Luna. Se había establecido el primer contacto entre los dos cuerpos celestes. En aquellos momentos, no pude por menos que salir al patio de mi casa y contemplar la Luna. Me pareció distinta. Sentí una enorme y confusa emoción.

¡Por fin!

El hombre había logrado alejarse del planeta y hacer llegar a otro astro una máquina construida por él. ¡Era maravilloso! Supongo que fueron muchísimas las personas que sintieron lo mismo que yo… También fueron muchos, entre ellos destacados científicos, los que pensaban de distinta manera.

¿Para qué queremos llegar a la Luna?

El hombre es curioso. Su afán de saber le ha llevado a toda clase de aventuras, se ha arriesgado, muchas veces estúpidamente, sólo por satisfacer ese innato deseo. Dejaríamos de ser seres humanos, si algún día nos conformáramos con nuestros conocimientos… ¡La verdad es que no me gustaría vivir en una época en que el hombre se sintiera satisfecho de todo y se tumbara tranquilamente para dejar transcurrir su existencia!

— Pero, existiendo tanta hambre en el mundo, ¿por qué nos gastamos esas fabulosas cantidades de dinero en un proyecto del que no vamos a sacar nada, al menos en un futuro próximo?

— El hambre ha existido y existirá, mientras no cambien bastantes cosas en este mundo. No depende de los proyectos espaciales… Sí, es cierto que a ellos se destinan cantidades fabulosas de dinero, pero no por ello podemos culparles de que en la India se pase hambre. ¡Sería absurdo! Son planos distintos. Los indios pasan hambre porque no tienen alimentos; sin embargo, en Nueva York, se tiran toneladas de alimentos a la basura. ¿Qué quiere decir esto? Sencillamente, que el mundo está desequilibrado. No existe un reparto equitativo de su potencia económica; mientras unos países pueden dedicarse a la exploración espacial, otros no tienen lo necesario para subsistir. Mas no culpemos de esto ni a unos ni a otros. Es una lucha por «avanzar», y cada uno lo hace como puede… ¿Qué piensa cualquier hombre de la calle sobre el armamento nuclear? ¡Es una estupidez!, pero, ¿qué pensaría ese mismo hombre si de momento se encontrara convertido en general? Llamaría estúpidos a los que desprecian la bomba

atómica. Un razonamiento sencillo, aunque cruel. El mundo se encuentra inmerso en una serie de corrientes que dificultan en extremo el buen entendimiento entre los hombres.

Es cierto que si todas esas cantidades fabulosas de dinero que se emplean en proyectos espaciales, armamentos de toda clase, etc., se destinara a la lucha contra el hambre, se lograrían excelentes resultados. No me cabe la menor duda. Pero, para que eso suceda, el hombre tendrá que superar sus regionalismos, nacionalismos, ambiciones personales, y toda una serie de perjuicios, que hacen que el mundo, nuestro mundo, permanezca en constante efervescencia.

— ¿Qué conseguiremos con la exploración del Cosmos?

— En principio, desde luego, nada. Es más, todo resultado será negativo. Gastos y más gastos. Pero en todos los proyectos hay que empezar por el principio, luego se pueden conseguir riquezas incalculables.

— ¡Tardarán demasiado tiempo!

— A pesar de todo, es rentable.

— Con ese dinero podría hacerse habitable el desierto del Sahara o la selva del Amazonas, y eso sería productivo en un plazo mucho más corto…

— Pero tendría que enfrentarse a regionalismos y a toda esa serie de perjuicios de que antes hemos hablado. Además, el Cosmos es un misterio mucho más profundo, y al hombre le gusta adentrarse en los misterios…

— No me convence.

— A veces, también yo dudo, y pienso si no sería mejor emplear ese dinero en arreglar este mundo, pero también comprendo a los hombres que se han lanzado a la conquista espacial. Quieren ensanchar sus horizontes. Lograr unos conocimientos más profundos en bien de toda la Humanidad…

— ¡En bien de toda la Humanidad! Todos los conocimientos que el hombre ha conseguido hasta ahora los ha empleado en satisfacer sus intereses, que no son precisamente el altruista de «en bien de la Humanidad»

— Los sabios trabajan, llevados por un interés puramente científico, si bien es cierto que no se puede evitar que haya hombres que se aprovechen de esos conocimientos y los empleen a su modo. Pero no por eso vamos a detener el progreso, para que esos pocos no se aprovechen de ello.

— Pero la conquista espacial encierra enormes peligros. Suponga por un momento que la Tierra está rodeada por satélites artificiales cargados con bombas atómicas…

— A este respecto debo informarle que las grandes potencias han firmado ya un tratado por el que se prohíbe usar el espacio con fines

militares.

— ¿Y para qué sirven los tratados? Llegado el momento, se rompen y cada uno hace lo que quiere. Son más fuertes los intereses que la pretendida buena voluntad de los hombres.

— Le doy la razón, pero no por ello el hombre va a detenerse. Si así lo hubiera hecho, aún estaríamos en la Edad de Piedra… Han sido necesarias muchas catástrofes para que la raza humana haya llegado a donde se encuentra actualmente.

* * *

El Cosmos representa la mayor aventura acometida por el hombre. Está costando miles de millones. Sólo el proyecto «Apolo» se cifra en veinticinco mil millones de dólares… Pero, una vez conseguidos los primeros objetivos, el hombre podrá aprovechar una serie incalculable de materias primas, que superarán, en mucho, los gastos ocasionados.

* * *

Toda aventura supone un riesgo, y ésta es una enorme aventura. A cada incógnita despejada, se abren otras muchas. Todavía, a pesar de haber llegado a la luna, apenas sabemos algo del espacio exterior. Estamos en el umbral de esa grandiosa puerta que representa el Cosmos. ¿Qué sorpresas nos esperan? Poco a poco, con trabajo, con técnica, los hombres lograrán descifrar todos sus misterios. Pero la Ciencia, valga el tópico, exige un tributo; los hombres que se embarcan en esta clase de aventuras ¿saben dónde van? Aceptan el riesgo.

CAPÍTULO PRIMERO

Lo que James no podía imaginar es qué, después de los viajes realizados a la Luna, cuando ya la opinión pública dejaba de preocuparse de los pormenores del lanzamiento; cuando la noticia del viaje sólo ocupaba un corto espacio en la primera plana de los periódicos, haciendo una simple referencia del proyecto, día, hora y nombre de los astronautas, él y sus dos compañeros iban a pasar a la Historia. Ni por un momento pudo sospecharlo. Nadie podía hacerlo. Ni los técnicos ni los científicos que se ocupaban del conteo rutinario de todos los instrumentos, ni los periodistas más imaginativos de los que allí se encontraban, aburridos y hasta un poco molestos por haberles encargado aquel trabajo, que ya había perdido toda sensacionalidad, limitado a un simple dictado de doscientas palabras. Ni una más sería aceptada en la redacción.

Los viajes a la Luna se habían convertido en una cosa rutinaria. Los acontecimientos pasan rápidamente. Lo que ayer fue gran noticia e hizo gran impacto en la conciencia pública, hoy ya nadie lo recuerda. Son consecuencias de la vida moderna.

Aquel viaje no tenía ningún aliciente periodístico. Seguro que a los dos días ya nadie se acordaría de ellos —pensó James—. Aquel viaje tenía un interés meramente científico.

Ya se acabaron los días gloriosos en que todo el mundo se volcaba sobre los tres hombres, considerándolos seres superiores, semidioses…

Todo acabó. El viaje a la Luna era una cosa casi corriente. La gloria fue para los primeros. Ellos llegarían tarde.

— ¿Vais cómodos? —preguntó el doctor Morris, encargado de acomodar a los tres hombres, mientras se dirigían en el furgón hasta el lugar del lanzamiento.

James Rich, Ben White y Henry Johnson asintieron de una manera maquinal. Iban embutidos en sus trajes espaciales y a pesar de que aquel viaje no dejaría de ser rutinario, los tres hombres no dejaban de sentir un inquietante cosquilleo en la boca del estómago.

El furgón se detuvo.

El doctor Morris bajó primero. Luego lo hizo James, seguido de los otros dos.

— El «Saturno V», la inmensa mole que debía lanzarles al espacio, se alzaba imponente en la llanura de Cabo Kennedy.

Tres mil toneladas, más de cien metros de altura, el «Saturno V», visto así de cerca, era como un monstruo semidormido, esperando el momento de elevarse al espacio.

Los tubos de combustible continuaban llenando los tanques del

cohete, función que no se interrumpía hasta el momento del lanzamiento. Siempre se había hecho así, para evitar en lo posible un accidente, mientras se revisaba constantemente el funcionamiento de las miles de piezas que componían el artefacto.

Los tres hombres, precedidos por el doctor Morris, se encaminaron hacia la rampa de lanzamiento, distante de ellos poco más de veinte metros. En el trayecto, varios técnicos les tendieron la mano, que ellos estrecharon, deseándoles buena suerte.

Caminaban lentamente. Sus movimientos eran robóticos, carentes de toda personalidad…

Varios hombres más les saludaron desde distintos lugares, cuando llegaron al pie de la torre. Ellos agitaron la mano en señal de despedida; luego entraron en el ascensor de la torre que les habría de conducir hasta la cápsula.

Mientras ascendían, los tres hombres notaron que aquella sensación en el estómago aumentaba. Era natural y previsible. Los hombres y los objetos iban empequeñeciéndose a medida que ascendían. El doctor Morris sonreía estúpidamente, tratando de darles ánimos, aunque en realidad el que los necesitaba era él. Aquélla era la primera vez que ejercía el cometido de acompañar a los astronautas hasta la cápsula.

El ascensor se detuvo.

El doctor abrió la puerta y se hizo a un lado, para que los tres hombres salieran.

Primero lo hizo James, luego Ben y por último Henry. Miraron hacia abajo, desde la pasarela que unía la torre con el cohete. Era el último adiós.

— Adelante, muchachos —indicó el doctor Morris.

Un técnico, vestido con mono blanco, uniforme general para todos los hombres del proyecto, les tenía abierta la puerta.

Entraron.

Era complicado introducirse, dada la pequeña abertura y el reducido espacio disponible dentro de la cápsula.

Se sentaron en sus respectivos sillones. Rodeados por todas partes de botones, palancas, esferas de distintos colores…

El doctor Morris les ayudó a instalarse, haciendo las debidas conexiones en los aparatos que debían enviar a la Tierra datos sobre el funcionamiento de los órganos vitales de los astronautas, así como sus reacciones, en el momento del lanzamiento, en que deberían resistir la tremenda aceleración de los primeros momentos del despegue.

Todo estaba preparado.

El doctor Morris les hizo un gesto significativo con la mano. Luego se despidió con un «buena suerte».

Salió de la cápsula y cerró la compuerta. Los tres hombres

quedaron solos, aislados de todo contacto que no fuera por radio. Allí empezaba su aventura.

— ¡Lectura de controles!

Serie A…

45-28-32.

Serie B…

38-59-92.

Faltaban tres horas para el lanzamiento…

Serie C…

74-82-97.

La cuenta atrás seguía.

Desde Control continuaron pidiendo datos para confrontarlos. Ni por un momento se dejaba a los tres hombres un solo instante de descanso.

Los altavoces del exterior anunciaron:

— ¡Atención! ¡Atención! Todas las personas deberán alejarse hasta los límites señalados. Va a efectuarse el lanzamiento… ¡Atención!…

Los pocos periodistas que habían allí prepararon sus cámaras para captar el momento del despegue.

Había poca gente. Ni siquiera se habían preparado tribunas como en otras ocasiones. Unos pocos, naturales de la región, miraron, sin ninguna excitación, acostumbrados ya a aquella clase de espectáculos, hacia el lugar donde el «Saturno V» permanecía inmóvil. Había también gente llegada de distintas partes del mundo, que hacía de aquello una risita turística más.

Los técnicos que merodeaban alrededor del cohete se retiraron a sus respectivos lugares en los refugios de Control. La base quedó desierta.

Diez…

Nueve…

Ocho…

Siete…

Seis…

Cinco… Se efectuó el encendido. Una nube de humo cubrió totalmente la base del cohete.

Cuatro…

Tres…

Dos…

Uno…

¡Fuego!

El fragor fue enorme. El ruido ensordecedor se extendió en varios centenares de metros a la redonda. El cohete, impulsado por el potentísimo motor de la primera fase, rugiendo, como si en su seno se hubiera desatado el mismísimo infierno se elevó, al principio

lentamente, para luego salir disparado hacia las nubes como un verdadero meteoro.

Automáticamente, el control del cohete pasó del lugar de lanzamiento a la ciudad de Houston.

Los tres hombres esperaron tensos los últimos instantes, en los cuales el reloj electrónico de la cabina de mando les iba dando la lectura de los últimos segundos. James y Ben ya tenían experiencia en aquella clase de acontecimientos. Habían sido lanzados numerosas veces en distintos proyectos espaciales. No así Henry, que aquél era su bautismo espacial.

Los últimos pensamientos fueron para sus respectivas familias. Sus esposas, su hijos…

— ¡Fuego!

Un ruido espantoso lo llenó todo, al tiempo que sus cuerpos eran aplastados violentamente contra los sillones. Eran los efectos de la tremenda aceleración de la primera fase del cohete, que lo impulsaba hacia el espacio.

Sintieron una tremenda opresión sobre el tórax, que apenas les dejaba respirar. Su vista se enturbió. Durante unos instantes, les pareció que iban a perder el conocimiento.

Siete G.

Pasados unos minutos, aquella sensación desapareció.

Desde control les comunicaron que la primera fase del cohete se había consumido.

— ¡Todo marcha perfectamente!

Con el rabillo del ojo, pudieron observar como la Tierra se empequeñecía a sus pies.

La torre de salvamento, para el caso de que hubiese sido necesario interrumpir el viaje, había sido ya despegada de la cabeza de la cabina, automáticamente, accionada desde Control.

— Velocidad, dieciséis mil quinientos kilómetros por hora, apuntaron desde tierra.

Los tres hombres se miraron sonrientes.

¡Todo iba a la perfección!

Sintieron un nuevo empujón.

¡La segunda fase había entrado en ignición!

Los efectos de esta nueva aceleración fueron más suaves, dada la altitud y por consiguiente, la menor gravedad.

Los tres hombres observaron los instrumentos de a bordo y los datos que les suministraba el pequeño cerebro electrónico. Los datos eran reflejados, así mismo, fielmente en el Centro de Control de Houston.

— Altitud, cien kilómetros.

— Desviación, un grado.

— Velocidad, veinte mil kilómetros por hora.

— Tiempo, quince minutos.

Durante este tiempo, lo único que podían hacer los tres hombres era esperar. Su misión comenzaba en el momento en que entraran en órbitas alrededor de la Tierra, e incluso entonces su intervención no dejaba de ser relativa, puesto que las principales decisiones las tomaba siempre Control.

— Altitud, ciento cincuenta y siete kilómetros.

— Velocidad, ocho kilómetros por segundo.

La segunda fase del cohete se había desprendido.

— Tiempo, dieciocho minutos.

¡Habían entrado en órbita!

Desde Control les avisaron que se prepararan a realizar la maniobra de corrección, debida a la desviación sufrida en el momento del lanzamiento. Hasta cierto punto, la maniobra era rutinaria y podía realizarse desde tierra, sin ninguna colaboración de los astronautas, pero, para mayor seguridad, se hacía conjuntamente.

Los datos, sobre la órbita actual y la que se deseaba, se suministraban a las computadoras. Automáticamente se tenía la respuesta. En el espacio, las soluciones a cualquier problema tenían que ser halladas casi en el mismo momento de plantearse éste. Un segundo de retraso podía dar al traste con todo el proyecto.

— ¡Ignición cohete cinco!

Sintieron un nuevo empujón, suave, imperceptible, aria vez que la cápsula se inclinaba ligeramente hacia las estrellas.

A través de las ventanillas, los tres hombres pudieron observar la magnificencia del grandioso espectáculo que se les brindaba. ¡Cien veces que se viera y en cualquiera de ellas se experimentará una sensación distinta! Fantástico, grandioso… Enorme.

— ¡Cese de ignición! —anunciaron desde Control.

A continuación, empezaron a leer todos los datos que los distintos instrumentos señalaban.

— Órbita correcta —respondieron desde Tierra.

¡Tiempo, veinticinco minutos!

Todo a punto.

Deberían dar dos vueltas alrededor de la Tierra. En este tiempo había que revisar de nuevo todos los aparatos que representaban su seguridad camino de la Luna. Una vez que salieran de la órbita terrestre camino del satélite, si algo fallaba, no había posibilidad de volver al planeta. Las dos vueltas alrededor de la Tierra representaban, por tanto, el tiempo disponible para decidir si se continuaba adelante o, por el contrario, debido a cualquier fallo vital que no se pudiera solucionar en pleno vuelo, se volvía a la Tierra.

James, se levantó y anduvo, de una manera grotesca, debida a la

poca gravedad, hasta el túnel que comunicaba interiormente con el módulo lunar no se le había puesto sobrenombre alguno, como en otras ocasiones.

Le siguió Ben.

Henry quedó solo en el módulo de mando. Él era el encargado de esperar a los otros dos en la órbita lunar, mientras James y Ben bajaban al satélite. Su cometido no era importante —pensó Henry—, pero esto no le decepcionaba. Era el primer vuelo que realizaba, y además, siempre quedaba el consuelo de que viajar a la Luna ya no proporcionaba ninguna fama. Su carrera acababa de comenzar. Tendría otras oportunidades…

Desde Control les pidieron nuevos datos.

Presión…

Temperatura…

Nueva revisión, antes de comenzar a repasar los controles entre el módulo de mando y el módulo lunar.

James y Ben apenas si podían moverse dentro del reducido espacio que les quedaba en la cabina.

Comprobaron el sistema eléctrico en colaboración con tierra y con Henry.

Todo perfecto.

¡Tiempo tres horas cuarenta minutos!

La nave viajaba majestuosamente sobre el Pacífico.

El registro de datos continuaba.

— Es la parte más «asquerosa» del viaje —comentó James.

— Serie B…—volvieron a pedir desde tierra, sin hacer caso a sus palabras.

Todos rieron.

Se habían despojado de las escafandras.

— 58-68-92 —dijo Ben, leyendo las correspondientes esferas.

— ¿Altitud?

— Doscientos treinta kilómetros.

— ¿Coordenadas?

25-32-8.

— Faltan diez minutos —anunciaron—. Colóquense de nuevo las escafandras —ordenaron.

Los tres hombres volvieron a tomar sus cascos.

— Tenemos que ser buenos chicos —dijo James con soma—; de lo contrario, no nos dejarán ir a la Luna.

— Y volver antes de las diez a casa —habló Ben, en el mismo tono.

Se pusieron las escafandras.

Otra voz, distinta de las anteriores, empezó a hablarles por radio.

— ¡Bien, muchachos! —dijo. Era Rensaw, jefe del proyecto—. Todo marcha perfectamente. Si las cosas continúan así, dentro de

cuatro minutos deberéis disparar la última fase.

— O. K.

— Buena suerte —añadió la misma voz.

Luego cortó.

— ¡Nos dan permiso, chicos! —exclamó Ben, riendo.

Desde Control volvieron a pedirles datos.

— ¿Altitud?

— Doscientos ochenta y nueve kilómetros.

— ¿Coordenadas?

35-33-9.

Era el momento en que la órbita se alejaba más del planeta.

— ¡Preparados! —anunciaron desde tierra.

Volaban sobre Australia.

— ¡Preparados! —repitieron ellos.

Llegaba el momento.

Los tres habían dejado de reír. Tensos, dejaron transcurrir los últimos instantes. En el momento en que se encendiera el motor, ellos iban a quedar solos, prescindiendo únicamente del perfecto funcionamiento de todos aquellos instrumentos. Cualquier fallo representaría su muerte.

Se sujetaron con fuerza contra los sillones.

Diez…

Nueve…

Ocho…

Siete…

El dedo pulgar de James acariciaba el botón rojo que debía poner en funcionamiento el motor de la tercera fase.

Seis…

Cinco…

Cuatro…

Tres…

Dos…

Uno…

¡Fuego!

James pulsó el botón con energía. Al instante, una violenta sacudida conmovió toda la nave. El motor respondió perfectamente al mandato. Había pasado el momento decisivo. La tercera fase les impulsaba ya, camino de la Luna. Estaban venciendo la gravedad terrestre, alejándose de su campo de acción.

— Velocidad, ocho con siete kilómetros por segundo.

La Tierra se alejaba.

— ¿Presión en la cabina?

— Normal.

— ¿Temperatura?

— Normal.

Todo iba desarrollándose a la perfección.

— Velocidad, nueve kilómetros por segundo.

— ¡Atención!

Se hizo el silencio. Los tres hombres se miraron extrañados.

La voz de Control calló de pronto.

—… ¿Qué ocurr…?

Nuevo silencio.

James, rápidamente accionó una palanca situada en el panel central.

— ¡Atención, Tierra! ¿Nos escuchan?

Nada.

— ¡Atención, Tierra! ¿Nos escuchan?…

Esperaron unos segundos. El mismo resultado.

La inquietud se apoderó de los tres hombres, que apenas si respiraban en espera de oír la voz de Control.

Nada.

La radio había callado totalmente, no se oía ningún sonido que indicara que había interferencias.

— Mantenemos contacto con todos los demás instrumentos —exclamó Ben.

Los aparatos de a bordo estaban sincronizados con tierra y continuaban funcionando normalmente.

La tercera fase del cohete seguía en ignición, impulsándoles hacia la Luna.

— ¡Atención, Tierra! ¿Nos escuchan?…

Silencio.

— Cambia de onda —ordenó James.

Henry accionó dos palancas.

— ¡Atención, Tierra! ¿Nos escuchan?…

Silencio completo.

— Usa la radio de emergencia —casi chilló Henry.

James le miró.

— Tranquilo —le dijo—. Mientras el resto de los instrumentos continúen en comunicación con el control, nuestra situación no cambiará. Seguiremos adelante…

— Perdón —pidió Henry.

Ben maniobró en la radio de emergencia.

— ¡Atención, Tierra! ¿Nos escuchan?…

Se oyó un murmullo apagado, seguido de los clásicos sonidos de interferencia. Luego, nada.

El silencio les envolvió.

Antes de que ninguno pudiera reaccionar, les sobresaltó el timbre de alarma del pequeño cerebro electrónico.

Numerosas luces, de distintos colores, comenzaron a apagarse y a encenderse, a la vez que la aguja del control electrónico parecía volverse loca.

— ¡Sistema eléctrico, averiado! —exclamó Ben.

— ¡Conecta el de emergencia!

La situación pareció normalizarse. Miraron los instrumentos con aprensión, como si de un momento a otro le fueran a dar una nueva y desagradable sorpresa. Su respiración era agitada. Sus nervios estaban tensos.

El silencio los envolvió espantosamente. Un silencio trágico. Podían oír el funcionamiento de los distintos aparatos y la vibración a que les sometía el motor de la tercera fase, mientras los arrastraba hacia la Luna, pero ninguna voz humana les decía nada.

Eran como tres recién nacidos.

El cerebro electrónico había cesado en su trabajo. No suministraba ningún dato.

La revisión de instrumentos no podía efectuarse hasta que la tercera fase no se hubiera desprendido.

* * *

Jimmy, sentado indolentemente en el restaurante del Centro de Control de Houston, esperaba con paciencia a que en aquella nueva aventura espacial alguien le dijera que los astronautas habían recibido la orden de dirigirse a la Luna. Él iría hasta el teléfono y se lo comunicaría a su director.

Así, escuetamente.

Prefería esperar en el restaurante a tener que soportar el barullo que existía en Control.

Alguien le hizo una seña desde el otro extremo del salón.

Jimmy se levantó prestamente y se dirigió con rapidez hasta el teléfono, en la sala de Prensa.

— Soy Jimmy —anunció—. Les han autorizado, exactamente a las cinco y veintitrés.

Esperó un poco.

— Sí, exacto —dijo—. Oiga, jefe, ¿puedo volver ya?…

Y colgó.

¡Maldita sea! Tener que aguantar aquí quince días, sin hacer nada…

Su misión consistía en informar de los principales momentos del viaje espacial.

¡Vaya trabajito!

Aquello había perdido toda su espectacularidad. ¡Así no había manera de hacer carrera…!

Volvió cansadamente al bar.

Se sentó.

Alzó una mano para llamar la atención del camarero.

— ¡Un whisky! —pidió.

Con la cantidad de buenos asuntos que había en el mundo, con los cuales se podía lograr un reportaje sensacional, él tenía que permanecer atado allí.

El camarero llegó con el whisky.

Cuando aquello terminara, pediría a su jefe que lo enviara al Vietnam, o a Biafra, o ¡al mismísimo infierno! Y si no le hacía caso, ¡peor para él!… Dejaría aquel empleo y buscaría otro en el que se le reconocieran sus méritos…

Una joven agraciada, ataviada con el clásico blusón blanco distintivo de la N.A.S.A., pasó por su lado.

— ¡Hasta las mujeres parecen autómatas…!

La joven se sentó a una mesa cercana de la que él ocupaba.

— ¡No está mal!

— ¡A lo mejor, mi estancia aquí no resulta tan aburrida…!

— Señorita… —llamó.

La joven le miró.

— Soy periodista —dijo, levantándose para dirigirse a la mesa que ocupaba ella—. ¿Puede usted darme algún dato interesante?

La joven pareció estudiarle durante unos instantes, mientras Jimmy se aproximaba.

— Todo marcha perfectamente —contestó.

— Es lo aburrido de estas cosas. Todo sucede con precisión matemática —comentó, cuando se sentaba frente a ella.

La joven iba a protestar, pero Jimmy la cortó.

— Me llamo, Jimmy —dijo extendiendo la mano, a la vez que sonreía ampliamente—. Creo recordar que ya la he dicho que soy periodista…

La joven se encogió de hombros. Por último, sonriendo, aceptó la mano también.

— Me llamo Carol —declaró.

— Todo arreglado. Ya nos hemos presentado; ahora lo único que falta es que me deje invitarla.

Llamó al camarero.

— Como le decía —prosiguió—, esto resulta tremendamente aburrido. Quizá para ustedes, los científicos…

El camarero le interrumpió.

— Un café solo —pidió Carol.

— Un whisky —pidió Jimmy.

El camarero se alejó.

— Quizá para ustedes, los científicos —repitió Jimmy—, sea sumamente interesante lo que van a hacer esos tres hombres allá

arriba…—hizo un gesto señalando el techo —pero para el resto de los hombres ha perdido actualidad…

— ¿Por qué está usted aquí entonces? —preguntó ella.

— Soy periodista.

— Pero, según usted, los lanzamientos de este tipo ya han perdido todo interés periodístico…

— Ésa es mi opinión, pero no la de mi jefe…

Rieron.

— Lo siento por usted —dijo ella.

El camarero se acercó con las consumiciones.

Ninguno de los dos se fijó en el hombre que acababa de entrar en el salón, ataviado con un blusón blanco. Buscó con la mirada entre los escasos concurrentes. Parecía nervioso, sumamente agitado.

Al ver a Carol, se dirigió rápidamente hacia ella.

Sin ningún protocolo, se acercó a la joven y comenzó a hablarle nerviosamente al oído. Movía al mismo tiempo las manos, como si quisiera dar más fuerza a sus palabras.

Carol se puso muy nerviosa a su vez.

Jimmy observaba.

— ¿Qué ocurre? —preguntó.

Carol se levantó precipitadamente. Su semblante había cambiado.

— ¿Qué ocurre? —preguntó de nuevo Jimmy, levantándose. Su instinto le decía que allí había algo sumamente interesante.

Sin hacerle caso, Carol salió corriendo. El hombre que había llegado en último lugar se disponía a seguirla, pero Jimmy se interpuso en su camino.

— ¿Qué ocurre? —preguntó por tercera vez.

El hombre le miró como si no entendiera nada, ni comprendiera lo que decía.

— ¿Qué pasa allá arriba? —se impacientó Jimmy.

— No lo sabemos —contestó el otro—. Hemos perdido la comunicación por radio… —declaró precipitadamente el técnico disponiéndose a continuar su camino.

Jimmy se interpuso de nuevo ante él.

— No le puedo dar más detalles. Acaba de ocurrir… —y salió disparado detrás de Carol.

Dudó unos segundos entre bajar a Control para ampliar los detalles, o ir al teléfono y comunicar la noticia, para de esta forma ser el primero en darla.

Se decidió por lo último.

Pero en vez de acudir a la sala de Prensa, salió del edificio de la N.A.S.A., y se dirigió a un teléfono público. De este modo pretendía que ningún otro periodista pudiera oírle. Cabía la posibilidad de que los otros corresponsales se enteraran de un modo directo y pudieran

comunicar la noticia al mismo tiempo. Era un riesgo que tenía que correr.

— Los tres hombres lanzados al espacio y que se encuentran en estos momentos camino de la Luna, han perdido todo contacto con la Tierra. Se desconocen las causas del fallo… —esperó unos instantes—. No, no puedo darle más detalles… Lo intentaré…

Y colgó.

¡Había estallado la bomba! Se imaginó a su director corriendo de un lado para otro, mientras daba órdenes a todo el mundo. Ahora era él la figura central. Todos estarían pendientes de sus comunicados. Cundía el nerviosismo. ¡Aquello se ponía interesante!

Penetró de nuevo en el edificio de la N.A.S.A. Fue hasta la sala de Prensa. Todo estaba normal. Ningún indicio señalaba que la noticia hubiera sido comunicada. Cinco hombres hablaban tranquilamente para matar el tiempo.

Calculó mentalmente el tiempo transcurrido. Su jefe había tenido ya el suficiente para distribuir la noticia. Nadie lograría pisársela. Además, sintió una especie de compasión por aquellos jóvenes. Los habían mandado allí por ser los más noveles y sin experiencia.

— ¡Muchachos! —llamó.

Todos se volvieron.

— ¿Qué pasa, Jimmy? —preguntó uno.

— Se ha perdido contacto con los astronautas —contestó con énfasis.

Los otros le miraron como si de pronto hubieran visto un fantasma. Sólo duró un instante; al siguiente, como impelidos por un potente resorte, saltaron de sus sillas y rodearon á Jimmy, asaeteándole a preguntas.

La noticia se propagó casi instantáneamente por todo el mundo.

Las emisoras de radio y de televisión de todo el planeta interrumpieron sus habituales programas para dar la noticia.

«Se ha perdido contacto con los astronautas. Se desconocen las causas» rezaban los titulares de la Prensa.

En pocos minutos, todos los habitantes de la Tierra se volcaron prácticamente ante los receptores de radio y de televisión, esperando con ansiedad alguna noticia sobre la suerte que corrían los astronautas.

Los nervios se desataron. En los primeros momentos, todo se redujo a una noticia escueta, por creer que el problema se solucionaría rápidamente. Pero a medida que pasaba el tiempo, la tensión fue en aumento, hasta llegar al momento culminante en que la pantalla que marcaba la trayectoria del vehículo hacia la Luna se apagó, debido a quedar sin datos la computadora que la alimentaba.

Los pocos periodistas que habían asistido al lanzamiento desde el

Control de la N.A.SA., volaban prácticamente de un lado a otro, tratando de averiguar algún dato de los técnicos que entraban o salían de la sala.

Rensaw jefe del proyecto, con los nervios a punto de estallar, ametrallaba órdenes a diestro y siniestro.

Las computadoras trabajaban a tope, suministrando los datos que los técnicos pedían.

Pese a toda la actividad desplegada, todavía no se había podido despejar la incógnita.

— ¿Qué estaba pasando allá arriba?

El enorme telescopio de Monte Palomar había enfilado su objetivo hacia la nave espacial. El puntito luminoso continuaba su camino en la inmensidad del Cosmos.

— La tercera fase del cohete se ha desprendido —anunció un técnico con los ojos fijos en el tablero de control.

Exacto.

Todo se realizaba según el plan previsto.

¿Qué pasaba?

La radio y la pantalla que marcaba la trayectoria seguían sin funcionar.

Los directores de la N.A.S.A., habían hecho acto de presencia.

El presidente de la nación había llamado por teléfono, interesándose por aquel imprevisto.

Se habían lanzado órdenes al cerebro electrónico que llevaba el vehículo, pero sin ningún resultado.

Existía la esperanza de que, una vez que la tercera fase se desprendiera, los astronautas pudieran arreglar la posible avería.

Pero quedaba otra incógnita.

¿Estaban vivos?

Se hicieron toda clase de conjeturas y de hipótesis para todos los gustos. Todo era posible.

¡Había que intentarlo todo!

En el tiempo que había transcurrido desde que se conoció la noticia, la gente había afluido en gran número a la base de Control. Nuevos grupos de periodistas se habían unido a los primeros, y de todos los lugares del mundo se gestionaban pases, ante las embajadas de los Estados Unidos, para otros muchos, que llegaban a la ciudad por el medio más rápido.

Numerosas empresas cerraron como consecuencia de las inquietantes noticias que llegaban. Las reuniones oficiales de todo tipo fueron aplazadas por el mismo motivo. Incluso cerró el comercio en muchos países.

Ni en los tiempos más gloriosos de los primeros lanzamientos, la N.A.S.A. había conocido tanta expectación. Parecía como si el mundo

se hubiera detenido.

* * *

Momento verdaderamente trágico fue aquél en que las esposas de los tres astronautas llegaron a Control. La gente rodeándolas, guardó un profundo y respetuoso silencio. Sólo los más osados periodistas se atrevieron a romperlo.

— ¿Qué piensan de los fallos que mantienen incomunicados a sus esposos en su camino hacia la Luna?

— ¿Cuáles son sus sentimientos ahora con respecto a la conquista del espacio por el hombre?

Al principio, fueron unos pocos; luego, todos se lanzaron sobre las mujeres con una pregunta en sus labios. Ellas trataron de permanecer en silencio, contestando con monosílabos cuando las resultaba imposible eludir al reportero.

Numerosos policías acudieron en su ayuda, logrando salvarlas a viva fuerza de la nube de fotógrafos y periodistas. Más tarde fueron recibidas por el jefe de Relaciones Públicas del proyecto, Jack White.

Jimmy corrió de nuevo al teléfono.

— Todavía se desconocen las causas del fallo que mantiene a los astronautas aislados en el espacio. Sólo pueden hacerse hipótesis al respecto, pero los técnicos comienzan a desesperar de encontrar solución al problema… Las esposas de los tres hombres que van camino de la Luna han llegado al edificio de la N.A.S.A., siendo recibidas por el jefe de Relaciones Públicas del proyecto, Jack White… Continuaré mis averiguaciones… No, no sabemos nada… De acuerdo.

Y colgó.

En la sala de Control seguían con la misma nerviosa actividad desplegada desde el momento en que se produjo el primer fallo, cuando el computador central hizo sonar el timbre de alarma.

Todo pareció paralizarse.

Numerosos instrumentos dejaron al instante de funcionar.

Los hombres se volvieron hacia donde se encontraba la enorme computadora.

¡Falta de datos!

Un negro abatimiento pareció caer sobre ellos.

¡Aquello era el fin!

La estación de rastreo de Australia comunicó que había perdido todo contacto.

Ransaw se dejó caer pesadamente en un sillón y escondió la cara entre las manos.

Nadie hablaba.

Pasaron unos instantes. Rensaw se levantó, tomó un teléfono y se puso en comunicación con el director del organismo. Habló

brevemente.

— Prepare una conferencia de prensa —dijo a su ayudante.

El ayudante salió de la sala de Control.

Rensaw miró a todos los hombres que todavía permanecían en sus puestos, quienes a su vez, le miraban como si él representara la única esperanza para los tres hombres del espacio.

— Continúen en sus puestos —les dijo.

Salió.

Los periodistas estaban reunidos en la sala de Prensa. Los comentarios eran dispares. Las voces llenaban el ambiente.

Rensaw entró.

Se hizo un silencio expectante.

El jefe del proyecto cruzó el salón hasta la tribuna. Algunos periodistas comenzaron a disparar sus preguntas.

Rensaw levantó las manos, imponiendo silencio.

— Hemos perdido todo contacto —comenzó a decir sin ninguna clase de preámbulos, y haciendo caso omiso de las preguntas— con los tres hombres que en estos momentos van camino de la Luna. Esto puede significar dos cosas: que todo el sistema eléctrico de la nave espacial ha fallado, por alguna avería que todavía no acertamos a comprender; o que, por alguna otra causa, quizá provocada por una avería, los astronautas han desconectado el sistema eléctrico de los instrumentos que deberían darnos los datos precisos para guiarles, dejando únicamente la corriente eléctrica en los aparatos que han de mantener las condiciones de vida en la cápsula… En el primer caso, los astronautas habrán muerto; si se trata del segundo, todavía existe la posibilidad de que logren arreglar la avería y continuar su camino…

Los periodistas tomaban notas rápidamente.

— ¿Cuál de los dos casos cree usted que se ha dado?

— ¿Es posible que hayan chocado contra un meteorito?

— Es posible, aunque más remoto.

— ¿Cree usted que los astronautas lo hayan hecho intencionadamente, para lograr así la fama y la gloria que alcanzaron los hombres que fueron enviados a la Luna por vez primera?

— Personalmente, creo que eso es una estupidez.

— La falta de comunicación, ¿puede ser ocasionada por alguna causa ajena por completo a los instrumentos de tierra y de la cápsula?

—Esa hipótesis ha sido formulada y desestimada por falta de fundamento, según los datos de que disponemos… Aunque —añadió— en el espacio todo es posible.

La rueda de Prensa había terminado. Rensaw se levantó y cruzó de nuevo el salón hasta la salida.

Los teletipos de todos los periódicos funcionaron al máximo, llevando la noticia a todos los rincones del globo.

Las reacciones fueron diversas.

Una mujer, en Londres, se arrojó por la ventana.

La prensa soviética arremetió contra los Estados Unidos por haber antepuesto el prestigio de una proeza espacial a la vida humana.

Pero, en general, todos los habitantes de la Tierra sentían una profunda preocupación por los tres hombres que ocupaban la cápsula espacial.

A cada minuto que transcurría se perdía más la esperanza de que los astronautas se mantuvieran con vida.

«Duro golpe para el prestigio astronáutico de los Estados Unidos» —rezaba un titular de la tarde en la prensa neoyorquina.

Otros, más optimistas, se resistían a creer que los astronautas hubieran muerto.

Algunos acusaban a la N.A.S.A., por haber empleado la misma cápsula que viajó hasta la Luna en el tercer viaje, al objeto de ahorrarse varios millones de dólares.

«Hacer economías a costa de reducir las posibilidades de regreso de tres hombres es una política desastrosa que sólo puede conducir al fracaso de éste y de cualquier otro proyecto» —decía, entre otras cosas, el comentarista.

CAPÍTULO II

La tercera fase se había desprendido. Los tres hombres sintieron la pequeña sacudida, al estallar los cohetes que los liberaban de la carga inútil que ya representaba la consumida tercera fase.

El silencio lo cubrió todo.

Se miraron entre sí, anonadados. Desconectados todos los instrumentos, no les llegaba ningún sonido que no fueran los que ellos mismos producían.

El sistema eléctrico había fallado, y, desconocían las causas. Los momentos trágicos habían pasado; ahora sólo les quedaba la resignación, el espíritu de conservación… Caminaban hacia la Luna, sin saber siquiera si atacarían la órbita lunar en el ángulo correcto. Podían medir y hallarlo mediante los conocimientos e instrumentos que poseían y remediarlo en el caso de que fuera necesario, pero aquel problema no era vital en aquellos instantes. Lo principal era saber si podrían aguantar todo el viaje con aquellas deficiencias electrónicas. ¡Todas las condiciones vitales para mantenerlos vivos dependían del fluido eléctrico!

El viaje, en el caso de que fuera necesario, podría reducirse de doce días, como estaba programado incluida la estancia en la Luna, a cinco, limitándose exclusivamente a llegar a la órbita del satélite, desprenderse del módulo lunar y emprender el regreso a la Tierra sin intentar bajar a la Luna.

Pero, aun en estas condiciones, necesitaban la comunicación con Houston, para que les guiara en el ataque del ángulo preciso con la atmósfera terrestre. En estas condiciones, sus posibilidades de regreso eran de un dos por mil.

Era imposible hacer regresar a la nave.

Si lo intentaban, haciendo girar el vehículo por medio de los cohetes estabilizadores y direccionales, desprendiéndose del módulo lunar y haciendo funcionar el cohete principal del módulo de mando, éste, el motor, no lograría contrarrestar la velocidad, que en aquellos momentos alcanzaba los diez kilómetros y medio por segundo. Dicho motor había sido construido para lograr vencer la gravedad lunar y alejarse del satélite.

Cabía la posibilidad de esperar a que la nave se fuera acercando a la línea neutra, límite de la gravedad de la Tierra y de la Luna, y que la velocidad del vehículo fuera disminuyendo como consecuencia de haber tenido que vencer la gravedad terrestre, hasta el momento preciso en que el motor tuviera la suficiente potencia para contrarrestar la velocidad que le restara al vehículo y regresar al planeta, pero entonces surgirían unos problemas que tendrían que ser

solucionados por Control, sin cuya ayuda era poco menos que imposible el regreso a la Tierra.

— ¿Lo intentamos de nuevo? —preguntó Ben.

—Es inútil —contestó James—. Lo único que conseguiremos con esto es disminuir nuestras posibilidades… Tenemos que encontrar la causa de la avería…

—Ningún aparato nos ha indicado que fallara… Nuestros instrumentos funcionan perfectamente…

— Pero no tenemos corriente eléctrica…—cortó James—. ¡Y hemos de encontrar la causa…! No podemos permanecer así. Tenemos que saber lo que ocurre.

Comenzó la revisión. James, comandante del vuelo, título poco menos que honorífico, puesto que cada uno de los ocupantes del vehículo espacial tenía asignada una misión específica establecida de antemano, de modo que en ningún vuelo se había establecido una verdadera disciplina entre los miembros de la tripulación. Eran, simplemente, tres hombres embarcados en una aventura, más o menos peligrosa, más o menos científica, cuyas órdenes eran impartidas desde tierra.

Ahora, sin contacto con el centro de Houston, James estaba dispuesto a hacer valer su puesto superior; y lo principal, por el momento, era mantenerse en acción, hacer que los otros dos hombres pensaran lo menos posible en la suerte que el destino les había reservado.

25-35-53-84, leyó Ben en aquel momento.

La imaginación podían jugarles malas pasadas. Habían sido entrenados duramente para hacer frente a cualquier obstáculo, para subsistir en las condiciones más difíciles. Sabían lo que tenían que hacer ante cualquier contingencia que pudiera surgir.

— El radar no señala nada —dijo Henry.

— Desconéctalo —ordenó James.

Pero el principal obstáculo no estaba en los instrumentos que manejaban y que podían averiarse y arreglarse, sino en ellos mismos. Su propio espíritu de conservación podía volverse contra ellos haciéndoles precipitarse o arrojándoles a una solución drástica que diera al traste con toda posible y verdadera solución.

— Desciende el voltaje del generador cuatro.

— Comprobación.

Ben accionó una palanca. En una pantalla comenzaron a aparecer líneas ondulantes.

Ben hizo un extraño gesto. No entendía aquello.

Accionó de nuevo la palanca. La pantalla quedó obscurecida. Volvió a accionarla y en la pantalla surgieron las mismas líneas.

— ¡Su funcionamiento es perfecto! —exclamó.

James y Henry le miraron.

— Prueba otra vez…—pidió James.

Ben realizó las mismas operaciones.

— Mirad, su funcionamiento está al máximo y su rendimiento no pasa del diez por ciento…

Los tres hombres se miraron.

— Prueba con el generador auxiliar… —indicó James.

Ben movió otra palanca. Al instante, otra pantalla se encendió mostrando a los tres hombres las líneas ondulantes.

— Máximo de energía —ordenó James.

Ben pulsó la palanca hasta el fondo.

En la pantalla, las líneas ondulantes se hicieron más rápidas.

— Su potencia no corresponde al rendimiento…

— Mantón la potencia —dijo James.

Esperaron.

No pasó nada.

— Es como si nos robaran la energía…—comentó Henry.

— Exacto —confirmó Ben.

Un tenebroso presagio les invadió.

— Ve bajando la potencia… —dijo James, consciente del sentimiento que embargaba a todos—. Henry, tú determina la diferencia entre potencia y rendimiento… ¡Adelante!

La operación dio comienzo.

— Potencia, diez mil…

— Nueve mil…

— Ocho mil…

— Siete mil…

— Seis mil…

— Rendimiento, treinta por ciento…

— Potencia, cinco mil…

— Rendimiento, veintiocho por ciento…

— Potencia, cuatro mil. Rendimiento, veintinueve por ciento…

— ¡Basta! —ordenó James.

No había un margen definido entre potencia y rendimiento. Al descender el primero, descendía el segundo, pero lo hacía de una forma menos acusada, hasta llegar a un cierto límite en el cual el rendimiento ascendía.

— Revisa el generador principal.

La misma operación con idéntico resultado.

James se relajó en su sillón. Parecía pensar. Los otros le miraban.

¡Tenían que comunicar con tierra! De lo contrario, no conseguirían nada a pesar de sus esfuerzos. Aquello, la supuesta avería, escapaba a sus conocimientos. El funcionamiento de los generadores era perfecto. Todos los instrumentos respondían a sus órdenes.

— Haz funcionar el radar —indicó James.

Henry conectó el instrumento.

Ben observó la pantalla.

James seguía pensativo.

El dial barría el círculo de la pantalla, en su totalidad.

Nada.

— La causa de nuestra falta de energía está ahí fuera —comentó James, como si hablara consigo mismo.

Los otros le miraron extrañados.

— No se ve nada —dijo Henry.

—Une la potencia de los dos generadores. Quizá podamos comunicar con el Control…

* * *

El comentarista hablaba gesticulando muchísimo con las manos.

— La inmensidad del espacio se ha tragado a esos tres hombres, sin que hasta el momento se sepa la verdadera causa. Sería absurdo acusar de su posible muerte a los científicos y técnicos de la N.A.S.A. Simplemente, ha ocurrido, cuando ya muchos se preguntaban si el hombre había vencido todos los riesgos que pudieran existir en el espacio. Si los viajes interplanetarios eran ya una aventura rutinaria a la que tendríamos que acostumbrarnos… Tres hombres —pareció descansar aquí— siguen su trayectoria hacia la Luna, sin que hasta estos instantes sepamos a ciencia cierta si están vivos o muertos. La técnica, que considerábamos omnipotente, nos ha vuelto a fallar en un momento crítico, y como siempre, el precio lo paga el hombre con su vida. Me pregunto —nos preguntamos— si no estamos adelantándonos a nuestro tiempo, si no estamos, con nuestra impaciencia, forzando a una técnica todavía en la adolescencia, a llevamos a una meta para la que no está preparada… Creo, en una palabra, que estamos corriendo riesgos enormes para conseguir unos resultados ínfimos, solamente por el hecho de obtener un prestigio absurdo…

— ¡Desconéctalo! —gritó la señora White—. Me está poniendo nerviosa…

Jenny la miró desconcertada.

— Perdona —se disculpó—, pero es que no puedo aguantarlo…

Jenny desconectó el aparato.

— Trata de calmarte —dijo.

— Eso intento —replicó la señora White.

La señora Johnson guardaba silencio.

Las tres mujeres habían optado por permanecer juntas en espera de alguna noticia sobre sus esposos.

Habían transcurrido ya siete horas desde el momento en que los tres hombres habían sido lanzados al espacio. Cuando desde tierra

perdieron todo contacto con sus esposos, fueron llamadas por Jack White, quien les comunicó la noticia de una manera oficial. Luego, se recluyeron en el domicilio de Jenny, la esposa de James, por ser el más cercano al centro de Control, en espera de que alguna noticia hiciera renacer sus esperanzas.

La casa estaba vigilada por la policía, para evitar que los periodistas y los curiosos las molestaran. Los teléfonos estaban desconectados, a excepción de uno, que era el que comunicaba directamente con el centro de Control y cuyo número permanecía; en secreto.

Las tres mujeres se sumergieron en sus propios pensamientos.

De repente, la señora White estalló en un sollozo histérico.

— ¡No puedo más!… ¡No puedo más!…

Las otras dos corrieron hacia ella.

— ¡Cálmate!

La sacudieron por los hombros.

La señora Johnson la abofeteó en el rostro, sin conseguir otra cosa que excitarla más.

— ¡Sujétala! —pidió Jenny—. Voy por un calmante…

La otra, a duras penas, conseguía mantenerla en el sofá.

Los gritos aumentaron.

Jenny corrió hasta la puerta, la abrió y llamó a uno de los agentes que permanecían de guardia.

Entraron dos policías.

Con la ayuda de los agentes consiguieron sujetar a la mujer, mientras Jenny corría al piso de arriba, donde guardaba el botiquín de urgencia. Tomó una jeringuilla y luego entre los medicamentos hasta encontrar lo que deseaba.

Abajo, seguían oyéndose los gritos y sollozos de la esposa de Ben, ya en pleno ataque de histeria.

Se apresuró.

Llenó la jeringuilla y luego bajó rápidamente.

Los dos agentes sujetaban a la mujer tendida en el sofá, uno por los brazos y otro las piernas, mientras la señora Johnson trataba de calmarla, sosteniéndole la cabeza entre las manos, a la vez que le hablaba en tono suave.

Jenny le subió la manga del jersey.

— Sujete con fuerza, por favor —pidió a uno de los agentes.

El hombre inmovilizó el brazo de la señora White, mientras el resto de su cuerpo se convulsionaba.

Introdujo la aguja.

La otra mujer ayudó al agente a sujetar el brazo.

Jenny sacó la aguja y ahora frotó con un algodón empapado en alcohol.

Poco a poco, la señora White dejo de convulsionarse y de llorar. La invadió un sopor. Cerró los ojos y se sumergió en el agradable mundo de la inconsciencia.

Todos la miraban.

— ¿Quieren que avisemos a un médico? —preguntó uno de los agentes.

— No, no es necesario —contestó Jenny—. Cuando despierte, estará bien.

— Sí necesitan algo, llámennos —dijo el otro agente/cuando se dirigía ya hacia la puerta.

— Gracias.

Los dos agentes salieron. Jenny les acompañó.

— Estaremos toda la noche aquí —dijo uno, a modo de despedida.

Jenny asintió con la cabeza, y luego cerró la puerta.

La otra mujer miraba a la señora White, que ahora parecía dormir plácidamente.

— Carol —llamó, Jenny.

La otra se sobresaltó.

— ¿Qué…?

— ¿En qué piensas?

— En cosas —hizo un ademán indeterminado con las manos.

Jenny dejó la jeringuilla en una mesa y se sentó. Carol tomó una manta, y después de tapar a la señora White, fue a sentarse junto a Jenny.

Las dos guardaron silencio.

— ¿Qué harán en estos momentos? —preguntó Carol, mirando a un punto indeterminado.

Jenny pareció despertar de un profundo sueño. La miró.

— ¿Qué…?

— ¿Qué harán ellos? —repitió Carol.

Jenny se encogió de hombros de una manera vaga. Su pensamiento voló hasta situarse en una imaginaria cápsula espacial, en la que veía a su esposo manipulando con los instrumentos, como lo había visto en otras ocasiones, en la realidad, cuando James había participado en otros proyectos espaciales. De repente, la imagen, como si hubiera sufrido una interferencia, desapareció y fue sustituida por otra, en la que veía la misma cápsula, pero en su interior, sobre los sillones, tres hombres inmóviles, muertos…

Se sobresaltó.

Carol la miraba.

— ¿Qué harán ellos?

No lo sé…

Se levantó. Fue hasta donde se encontraba la otra mujer, dormida. Se volvió. Se dirigió hacia el otro extremo de la habitación.

Nerviosamente, comenzó a retorcerse las manos. Quería dejar de pensar, pero no lo conseguía.

Pensó en sus padres, en sus amigos, en la guerra del Vietnam, pero siempre, como un fantasma, la imagen de la cápsula llevando a los tres hombres muertos se filtraba en su cerebro.

Dio la vuelta.

Carol se levantó y se interpuso en su camino.

— ¡Cálmate! —le dijo.

Jenny bajó la cabeza.

— Todavía nos quedan muchas esperanzas —comentó Carol.

Jenny asintió nerviosamente.

— ¿Ponemos la televisión? —preguntó Carol.

Jenny volvió a asentir en silencio.

Carol fue hasta el aparato y lo conectó.

Poco después, en la pantalla apareció una cápsula en órbita terrestre.

Las dos mujeres se sobresaltaron.

Un comentarista explicaba los pormenoresˆ Se trataba de la película tomada en el primer viaje a la Luna.

Ninguna de las dos dijo nada. Sabían exactamente lo que la otra estaba pensando.

De pronto, la imagen se borró y en su lugar apareció el locutor.

—Entre las numerosas hipótesis que se están formulando —comentó—, como posibles causas del silencio de los astronautas, se opina en estos momentos que puede ser debido a que están atravesando una espesa nube de partículas, producidas por la erupción solar, acaecida en el astro rey el pasado martes, según afirma el director del Observatorio Astronómico de Flagstaff, Arizona. El citado científico ha declarado que las partículas, al menos parte de ellas, pueden actuar como secante en el sistema eléctrico de la nave espacial. Según él, cuando la cápsula en la que viajan los tres hombres atraviese la nube, dentro de dos horas, las comunicaciones entre el vehículo espacial y la Tierra volverán a la normalidad.

El locutor dejó la nota que había leído y tomó otra.

— Numerosos observatorios de todo el mundo comunican a la N.A.S.A., la existencia de una nube de partículas producidas por una reciente erupción solar… Hasta estos momentos, la N.A.SA. no ha hecho ningún comentario oficial…

La imagen del locutor se borró.

En su lugar apareció una señorita que anunciaba el programa siguiente.

Carol, con las manos entrelazadas, a la vez que su cara se distendía en una sonrisa, comenzó a saltar alegremente.

Jenny reía.

Las dos mujeres se abrazaron.
Cuando se separaron, las dos lloraban.
Se miraron unos instantes, y rompieron a reír.
La noche, joven todavía, se adivinaba plena de emociones.
Ningún americano dejó de sentir, dentro de su ser, un sentimiento consolador.
Todos se prepararon para pasar la noche en espera de nuevas noticias. Aquello representaba un desafío, un inmenso desafío, entre la esperanza y el Cosmos. La apuesta…, la vida de tres hombres. Dos horas de plazo. Tiempo suficiente para tensar los nervios al más templado.
Gentes de todas clases empezaron a consumir el tiempo lentamente, como si aquellas dos horas no quisieran pasar. El planeta completo esperaba.
Las noticias eran cada vez más alentadoras.
Llegaban comunicados de todas partes del mundo. Todos los centros científicos trabajaban intensamente en el análisis de la nube que rodeaba a la cápsula.
La N.A.S.A., guardaba silencio. No había hecho ningún comentario las noticias que llegaban. Sin duda prefería no comprometerse, en lo que todavía no era más que una hipótesis.

* * *

— Conexión realizada —contestó Ben.
James tomó el micrófono. Los otros dos hombres le miraban expectantes.
— ¡Atención, Tierra! ¿nos escuchan?… Contesten… Esperaron.
A través del receptor les llegaron extraños sonidos, sin definir. Ningún rastro de voz humana.
— ¡Atención, Tierra!, ¿nos escuchan? Contesten…
El mismo resultado.
Henry, como un globo hinchado al que acaban de pinchar, se desplomó en su sillón.
— Esto es el fin —susurró.
Ben suspiró, a la vez que se reclinaba pensativo.
James, con el micrófono en la mano, miró a sus dos compañeros.
¡Tenían razón! Aquello era el fin y resultaba, inútil intentar algo.
Mecánicamente, sin pensarlo, volvió a repetir las mismas palabras.
— ¡Atención, Tierra!, ¿nos escuchan?… Contesten…
Los sonidos seguían, sin que se percibiese otra cosa.
Dejó el micrófono.
— Desconecta los generadores —pidió a Ben.
Ben no se movió.
James le miró algo sorprendido.

— ¡Ben! —llamó.

El otro pareció despertar.

— Desconecta los generadores.

— ¿Lo crees necesario? —preguntó Henry.

— No sólo lo creo, sino que lo es —respondió James secamente.

Ben movió un brazo y desplazó varias palancas, como un verdadero autómata.

— Ajusta el generador a la potencia necesaria para que mantenga las condiciones normales de vida en la cabina. Desconecta todos los demás instrumentos.

Se hicieron las operaciones precisas.

Esperar. Ésa era la consigna. Tenían que conseguir mantenerse en ese estado de inquietud. Era la única posibilidad que les quedaba. La avería no era de la cápsula.

Contempló por unos instantes la inmensidad que se abría ante ellos. Una sensación de extrema humildad y poder, de miedo y de gloria, le penetró hasta lo más íntimo de su ser.

Miró hacia sus compañeros. Permanecían en silencio, ensimismados.

Su imaginación le llevó hasta el planeta, hasta sus otros compañeros y las veces que habían discutido sobre la muerte en el espacio. Todos estaban convencidos de que, pese a que la técnica trataba por todos los medios de evitarles riesgos, alguna vez tendría que llegar. Todos lo sabían. Todos lo aceptaban. Morir en el espacio, había dicho uno, significa morir dos veces. Solo, sin ninguna ayuda, sin ningún consuelo…

Hacía falta una fe y una resignación enormes para poder afrontar la muerte espacial con un mínimo de dignidad.

Ningún instrumento daba señales. Los censores situados en toda la cabina, y que deberían haber enviado a la Tierra más de setecientas mediciones hasta aquel momento, parecían haber muerto.

La tercera fase del cohete les seguía de cerca.

Faltaban muchas horas para que la nave pudiera decirse que iba camino de la Luna. Para comprobar esto, baste decir que una diferencia de dos segundos en el momento de la explosión del motor de la tercera fase podía acarrear el total fracaso de la expedición.

A fin de evitar estos riesgos, Control vigilaba en todo momento la trayectoria, ordenando a la cápsula, si fuera necesario, una rectificación mediante el encendido de los cohetes direccionales.

Detrás de Henry se encontraba un compartimiento muy estrecho, situado justamente detrás del tablero de instrumentos, en el que había un sistema de orientación-travesía, con el sextante, el telescopio, la unidad de guía por inercia, la computadora y el sistema de control individual. Pese a todo esto, la orientación y las correcciones básicas

procedían de las computadoras de tierra.

James sabía que en el caso de que no pudieran establecer contacto con tierra antes de llegar a la parte del viaje denominada trayectoria translunar, sus posibilidades eran muy remotas. Los instrumentos de que disponían no habían sido construidos para tomar decisiones de tanta envergadura. Aunque si, llegado el caso no había otro remedio, los utilizarían y harían las correcciones pertinentes.

A cada minuto que pasaba, los ánimos decaían. James sintió miedo. Un miedo profundo, como jamás lo había sentido. Estaba solo. Los tres estaban solos, pese a que pudieran comunicarse, pese a su contacto físico. Aguardaban en silencio. Aguardaban algo, que ni siquiera comprendían.

Él y Ben estaban a cargo de las esferas de color verde, rojo y ámbar. Tenían que examinarlas y dictar lo que señalaran a tierra. Henry era el encargado del sistema de orientación.

Todo estaba en silencio. Ninguna esfera marcaba nada que pudiera dictarse. Sólo lo imprescindible para hacer posible la vida en la cabina.

La presión.

La temperatura.

El oxígeno…

Miró a sus compañeros.

Parecían dormidos. Como si hubieran tomado la falta decisión de ingerir las píldoras de color marrón.

Morirían casi instantáneamente. Era un servicio compasivo, puesto a su disposición por los científicos del proyecto.

Pasar de la vida a la muerte sin darse cuenta.

Su respiración era acompasada, tranquila, con la mirada fija en un punto indefinido.

La llave para abrir el compartimiento donde se encontraban las pastillas la tenía él, como comandante de la nave. Si alguno de sus compañeros se la pedía, él se la negaría.

Era su deber.

¡Debían agotar todas las posibilidades antes de tomar aquella fatal decisión!

Apoyó su cabeza en el sillón.

Enfrente suyo, el tablero de control. Mudo, silencioso, muerto…

De repente, como si su cerebro hubiera estando seleccionado entre una enorme cantidad de pensamientos, surgió…

¡Jenny!

Rubia, hermosa, alegre… Le decía adiós. Luego le besaba. Casi lo sintió. Comenzó a alejarse…

La distancia era enorme. Sólo distinguía su silueta de mujer.

Volvió junto a él. Sin que de uno a otro pensamiento hubiera .una

fase de acercamiento.

— ¿Cuándo vuelves? —le preguntó su mujer.

Y rápidamente, como si él estuviera en la cola de un avión que despegaba en aquellos momentos, Jenny se alejaba rápidamente, sin que él pudiera ejercer ningún control sobre este pensamiento. Parecía programado en su cerebro.

Su mujer le decía adiós con un pañuelo en la mano.

La encontró nuevamente junto a él, acariciándole, mimándole… Jenny hacía un mohín gracioso con los labios, que a James le gustaba.

— ¿Estás enfadado?…—preguntó.

Él sonreía. La tomaba por la cintura.

James hizo un esfuerzo para poder controlar su pensamiento.

Lo logró…

Ben oyó por tercera vez la voz de James que trataba inútilmente, en su opinión de comunicar con Control.

Trató de relajarse.

Era lo único que podía hacer.

«Esperar la muerte, y cuando llegara, ofrecerle el brazo galantemente, como si se tratara de una distinguida dama…»

Aquel párrafo surgió de pronto.

Lo había leído, no sabía dónde, pero le gustó. Lo encontró oportuno.

Casi sonrió.

«Humor negro…»

Se estaba volviendo loco. No había otra alternativa. No experimentaba miedo alguno. Se había habituado a la idea.

Le aterrorizó en un principio.

Luego, nada.

Como si fuera un autómata.

Le pesaba el cuerpo.

«Esperar a la muerte y cuando llegara, ofrecerle el brazo galantemente…»

¡Morir!

¡Hacerlo con honor! Mirando al frente.

¡Había que hacerlo así!

Es posible que se encontrara una forma de dicha especial. Un honor indefinido. El orgullo de vencerse a sí mismo… Ser un caballero galante ante una dama a la que todos temían y odiaban…

Miró hacia el tablero de control.

Todo igual.

De nuevo, su mirada se perdió en un punto indefinido.

¿Qué pasaba?… ¿Por qué aquella paralización? Le exasperaba la falta de datos.

¡Estaba dispuesto a morir, pero quería saber la causa!

Morir por morir, era ridículo.

En toda su existencia amó los riesgos. Le gustaba lo desconocido…

¡Por eso se enroló como astronauta!

Aceptaba los peligros y siempre estuvo dispuesto a correrles, pero esperar tranquilamente a que la muerte llegara, era absurdo.

Quería luchar. Oponer sus habilidades, su inteligencia, sus músculos, a la muerte.

«Esperar la muerte y cuando llegara, ofrecerle el brazo galantemente…»

¡Al diablo!

La cápsula se convertiría en un ataúd espacial, que llevaría sus cuerpos en viaje hasta la órbita lunar, en la que permanecerían dando vueltas hasta la consumación de los siglos… Esto, contando con que la trayectoria que llevaban fuera correcta, de lo contrario, quedarían en órbita solar con idéntico resultado.

En el primer caso, al menos, los hombres podrían cázales —ésa es la palabra— y hasta es posible que pudieran hacerlos descender hasta la Luna, donde podrían ser enterrados. En el segundo, ni eso siquiera. Quedarían vagando eternamente por el espacio.

Un ligero estremecimiento le recorrió la espina dorsal, al imaginarse la cápsula viajando a través del Cosmos…

El miedo volvió a hacer presa en él. Lo sintió, lo palpó, como si se tratara de algo sólido.

Se sujetó fuertemente al sillón. Las manos, como garfios, arañaron los brazos del sillón… ¡Tenía que vencerlo!

La angustia lo aprisionaba.

Quiso hablar a sus compañeros, pero un nudo en la garganta le impedía articular palabra.

Los miró.

Los dos permanecían en silencio, pensativos, ausentes…

Las lágrimas iban a brotar de sus ojos.

Hizo un esfuerzo.

Logró detener el primer impulso.

Necesitaba pensar en algo que le librara de la angustia, pero su cerebro se negaba a llevarle algún pensamiento que le reconfortara.

Su mujer, sus padres…

Sus amigos, su compañeros…

La necesidad de llorar se hizo más apremiante. El impulso fue más fuerte.

Otro esfuerzo.

Notó que los ojos se le empañaban, aunque ninguna lágrima brotó de ellos.

No podía aguantar más. La angustia le aprisionaba cada vez con mayor intensidad.

A través de la ventanilla, observó la inmensidad del espacio. Iba a abandonarse, a llorar como un chiquillo, cuando de lo más profundo de su cerebro surgió el ansiado pensamiento reconfortante.

Ben se aferró a él como un náufrago.

Al momento, la presión en su garganta disminuyó. La angustia fue alejándose.

Respiró profundamente.

Se sintió protegido, observado…

¡Dios!

El recuerdo de cuando era niño, cuando rezaba…

Henry comprobaba mentalmente todos los cálculos. Trataba de encontrar la causa…

Inútil.

Se perdió entre la complejidad de los datos.

Desistió de su empeño.

Lo mejor era abandonarse… ¡Abandonarse!

¿No era lo que siempre había hecho?

Por su mente comenzaron a desfilar recuerdos…

Siempre se abandonó. Dejó que las circunstancias le llevaran por la vida, sin él hacer nada para impedirlo.

Jamás había intentado ser el número uno en nada. Parecía incapaz de tomar decisiones.

Luchó, se sacrificó, por conseguir llegar a todas partes.

¡A todas a la vez!… no le preocupó no llegar jamás a ser el primero.

— Haz esto —le decía su padre.

Y él… lo hacía, poniendo todo su empeño, pero de una forma impersonal.

Incapaz de sentir lo que estaba haciendo.

Era como si él robara un proyecto a alguien. Se sacrificaba por él, pero no era suyo.

— Hazte aviador.

Fue a la Academia, y se hizo aviador.

¿Por qué no te haces piloto de pruebas? —le dijo una vez Carol, su mujer.

Un amigo se había hecho. Ésa fue la causa.

Luego, los amigos le animaron a presentarse voluntario como astronauta.

Se sacrificó hasta donde un hombre puede resistir

Lo daba todo por bien empleado si conseguía ser seleccionado.

Entrenamientos, estudios…

Pasó el primer lanzamiento a la Luna. Él no fue seleccionado.

Se decepcionó, pero continuó adelante.

Segundo lanzamiento…

Tercero…

Perdió las esperanzas.

Se abandonó… Y un día le llamaron. Le había correspondido formar parte de aquella expedición.

… en el puesto más ingrato.

¡La mala suerte continuaba a su lado!

Se sintió importante. Como un niño mimado, rodeado de obstáculos que no puede salvar.

Se abandonó.

Lo que tuviera que llegar lo encontraría allí, esperando.

CAPÍTULO III

El tiempo transcurría lentamente, como si pretendiera ahogar a los hombres. Faltaban escasos minutos para que se cumpliera el plazo señalado por los científicos, para que se volvieran a reanudar las comunicaciones.

El mundo entero esperaba, pendiente de todos los medios de comunicación. El colapso producido por el acontecimiento fue tan grande, que en las ciudades como Nueva York, Los Ángeles, San Francisco, etc., se registró la mayor falta de asistencia a los espectáculos jamás conocida.

Parecía como si la constante ebullición hubiera desaparecido por algún medio mágico. Las calles, solitarias; los bares, silenciosos. Todo parecía dormido, cuando en la realidad los hombres contenían la respiración en tensa espera de la noticia que comunicara que se había establecido contacto nuevamente con los astronautas.

Todos habían hecho suya aquella desgracia, personal, íntimamente ligada a ellos.

Se sentían débiles, abandonados.

Quizá fuera ésta la razón por la que se sentían solidarios, unidos… Con deseos de cooperar, aunque sólo fuera esperando las noticias.

Mantenerse firmes, mientras llegaba la buena nueva.

Si ésta no se producía…

Al menos, sería lo último que podían hacer por ellos.

Las noticias llegaban con una lentitud exasperante.

Al principio, todos los medios de comunicación se dispararon…, luego, se vieron en la necesidad de echar el freno. El terreno era demasiado resbaladizo. Estaban ante un caso sensacional, pero los únicos que podían hacer afirmaciones eran los científicos. Y éstos también tenían que limitar sus declaraciones, ante lo desconocido de los acontecimientos.

Se habían estudiado muchos fenómenos del espacio, se habían obtenido muchas soluciones, pero al mismo tiempo se habían abierto muchas más incógnitas…

La N.A.S.A. había hecho una declaración sumamente escueta, sobre las especulaciones que habían circulado en las últimas horas.

«La nave en que viajaban los tres astronautas, rumbo a la Luna, atraviesa en estos momentos una nube de naturaleza desconocida, producida, según nuestros informes, por una erupción solar. Desconocemos, por ahora, si ésta es la causa de la falta de contacto con los hombres que viajan en el vehículo espacial.»

Luego se encerraron en un rígido mutismo, evitando por todos los medios disponibles que los periodistas llegaran a sospechar siquiera

los trabajos que se llevaban a cabo para tratar de descifrar el misterio que rodeaba a la nave.

La expectación era enorme.

Centenares de periodistas habían llegado a la ciudad de Houston, procedentes de todas las partes del planeta. Se esperaba mucho en aquellos momentos… Pronto se verificaría si todo lo anunciado se ajustaba a la realidad.

La tensión subió de tono.

Los medios de comunicación, al no obtener noticias directas de la N.A.S.A., habían tratado de paliar su falta con otras procedentes de los científicos, colaboradores del organismo espacial o, simplemente, oyendo a cualquier científico que tuviera algo interesante que decir, ya fuera colaborador o no.

El ambiente era electrizante.

Los periodistas, atentos a cualquier indicio que pudiera suponer noticia, acechaban constantemente el centro de Control, esperando que de un momento a otro surgiera la señal.

Jimmy mordía materialmente el enésimo pitillo. Gozaba intensamente su inquietud. Estaba como pez en el agua. Se recreaba. Aquélla era su venganza contra el director, que le había enviado a una misión sin importancia.

Las circunstancias habían trabajado en su favor.

Había demostrado ser un buen periodista. Fue él quien primero dio la alarma sobre la falta de contacto con los astronautas. Luego había escrito extraordinarios comentarios en un tiempo récord.

Su ascenso estaba asegurado.

Tiró el pitillo.

Le gustaría salir irnos minutos fuera a respirar aire puro. La sala estaba plenamente abarrotada de gente. Había varios televisores, en circuito cerrado, que les comunicaban directamente con la sala de Control.

Todo permanecía igual.

En un extremo de la pantalla veían, al fondo de la sala de Control, a Rensaw, jefe del proyecto. Hablaba, daba órdenes, gesticulaba, pero ellos no podían saber lo que decía.

Se decidió a salir.

Si la esperada noticia llegaba, él se enteraría rápidamente. Sólo bastaba observar el movimiento de la masa de periodistas. Era un signo inequívoco.

Se levantó de la silla.

Rápidamente, algunos de los que estaban en pie se lanzaron a disputársela.

Consiguió, no sin esfuerzo, llegar hasta el pasillo, que también se encontraba abarrotado, aunque con menos intensidad. Muchos

hombres y mujeres se encontraban sentados en las escaleras que conducían a los diferentes pisos. En todos podía verse, sobre el pecho, la tarjeta verde de «Prensa».

— Deberían darnos un tratamiento especial a los que estábamos aquí primero —pensó Jimmy.

De pronto, ocurrió algo. Las voces se intensificaron en una parte del pasillo. Todos los reporteros de aquel lado se levantaron. Como si la sensación se hubiera transmitido por simple contacto, todos los reporteros que se encontraban en el edificio se movieron hacia aquella parte.

Jack White, protegido por numerosos agentes, trataba de alcanzar la sala de Control.

Las preguntas fueron disparadas. Una verdadera lluvia. Las contestaciones, monosílabos y evasivas en su mayor parte, se sucedieron, mientras avanzaba lentamente y a viva fuerza.

* * *

Jenny miró a la mujer, que seguía echada en el sofá.

— Es mejor para ella —se dijo.

Por un lado, la envidiaba, por otro, no. Deseaba no tener que pasar aquellos minutos angustiosos, pero a la vez se sentía incapaz de no estar pendiente de las últimas noticias.

Su nerviosismo aumentó a medida que transcurría el tiempo.

Carol permaneció sentada.

Cada una, sentía la necesidad de recluirse en sus pensamientos.

Era inútil tratar de distraerse. Invariablemente volvían a lo mismo. Lo habían intentado de cincuenta mil formas… No podían.

El tiempo se hacía largo. Infinitamente largo. Pesaba sobre ellas, como si cada minuto echara sobre sus espaldas una tonelada.

Estaban exhaustas.

Sus fuerzas flaqueaban. Los nervios no daban más de sí. Sabía que tenían que aguantar. Si cedían un solo instante, ya no podrían reponerse.

Se concentraron. Aguantar un poco más. Otro poco… Centenares de veces habían visto asomar sus lágrimas. Se habían congestionado. Rápidamente las habían rechazado.

Fuerza…

Los últimos minutos son peores. Lo saben.

Por la televisión seguían dando noticias.

Jack White las había llamado hacía una hora para decirles que todo era posible.

Y desde entonces, esperar. Comenzó la angustia, la desesperación. Pensamientos que atormentaban.

Llegaron centenares de telegramas de todo el país y hasta de fuera

de él. Aquello constituyó una pequeña distracción. Su cerebro estuvo ocupado. No podían pensar. Les hizo bien.

«Los hombres valientes escriben la historia del mundo. Firmado…»

«Sé lo que deben sentir en estos momentos angustiosos. Confíen en Dios. Firmado…»

«Las esposas de hombres como el suyo tienen a veces que sobreponerse a dolores y angustias más fuertes que los que sufren los propios héroes. Tengan entereza y confianza. Recuerden que Dios está en todas partes. Firmado…»

Luego, sus cerebros se disparaban sin que lograran percibir lo que leían. Era inútil. La distracción había terminado. Otra vez a solas con su pesar.

Las dos horas iban a cumplirse. Faltaban dos minutos. Pero nada hacía indicar que su angustia terminara al marcarse el tiempo fijado. Los científicos habían dicho dos horas, pero esto no significaba que las dos horas constituyeran un plazo fijo. Ellas lo sabían.

La falta de contacto podría mantenerse durante más o menos tiempo.

Dependía de muchos factores, suponiendo que los tres hombres no estuvieran ya muertos.

Jenny sintió su cuerpo envejecer, encogerse bajo la piel. La recorrió un escalofrío.

Los tres hombres muertos, viajando en la nave…

Se movió bruscamente. Era la única forma que tenía de librarse de aquel pensamiento.

Caminó por la habitación. Trató de fijarse en los detalles de la misma.

«Aquel cuadro tenía que estar más allá.»

«Quizá fuera mejor quitar definitivamente la mesa. Tirarla.» James lo había dicho muchas veces.

James…

El truco estaba desgastado a fuerza de usarlo durante tanto tiempo.

Inconscientemente, buscó otra forma de liberarse de sus pensamientos.

Se detuvo un instante.

Escuchó.

El comentarista de televisión hablaba de nuevo sobre el tema.

«Todos los observatorios astronómicos que mantienen contacto con el Organismo espacial de nuestro país, afirman que la salida de la nave espacial del influjo de la nube de naturaleza desconocida, que se cree es la causante de la falta de contacto entre el vehículo espacial y el centro de Control, se efectuará dentro de escasos minutos. Todos los técnicos de la N.A.S.A. aguardan impacientemente, en sus puestos, el momento en que se produzca el suceso. Según las últimas

investigaciones realizadas sobre la naturaleza de la nube por diferentes centros científicos de todo el mundo, cada vez es más definitiva la hipótesis de que ella sea la causante de la falta de contacto… Seguiremos informando a medida…»

Aquello la tranquilizó o, al menos, la había evadido durante unos segundos de sus negros pensamientos.

Se volvió.

Carol, sentada, había escuchado igual. Se levantó.

Como si se tratara de un relevo establecido entre las dos mujeres, Jenny fue a sentarse en el mismo sitio.

No hablaron nada.

Lo habían intentado de todas formas. Contarse historias, anécdotas, pesares, lo que fuera… todo inútil. Sus cerebros, como movidos por voluntad propia, salían disparados hacia el espacio, hacia algo abstracto, pero tenebroso.

A veces, el miedo llegó a paralizarlas, pero luego sintieron la necesidad de seguir luchando, de continuar presentes en aquel escenario que las envolvía, hasta casi llegar a asfixiarlas. Más tarde, provocado por una u otra causa, sintieron que el aire fresco sé reponía en sus pulmones. Llegaba el descanso, para luego sumergirse de nuevo en el pánico, en la angustia… Incesantemente, se repetía la misma sensación.

Miedo. Miedo profundo, desconocido. Cada una de sus células vibraban con él.

Luego, un motivo. Cualquier cosa o detalle a la que se aferraban con todas sus fuerzas para librarse de la constante tensión. Para respirar…

Más tarde, cuando el motivo perdía actualidad y ya no les servía para evadirse, volvían a hundirse en el miedo…

Jenny, sentada, pensativa. Carol, en pie, miraba a la mujer tendida en el sofá.

— ¿Cuándo despertará? —preguntó Carol.

Jenny volvió en sí.

— ¿Qué?

— ¿Cuándo despertará, Evelyn? —repitió Carol.

Jenny se encogió de hombros.

— Dentro de tres o cuatro horas. No sé… —contestó.

De nuevo, el silencio.

Carol miró a Jenny. Ésta le devolvió la mirada. Un lenguaje mudo.

Carol sonrió vagamente. Jenny correspondió a su sonrisa. Una forma de darse ánimos.

Luego, nada. La comunicación había terminado.

La brisa de aire fresco se cortó.

Los nervios volvieron a tensarse, dispuestos a introducirse en el

ambiente cargado de entes fantasmagóricos.

Cada vez era más difícil encontrar un motivo que las llevara una brisa nueva. Se iban agotando. Ya tenían que echar mano de los más nimios, los más insignificantes…

Jack las llamaría. Ellas serían las primeras en conocer la noticia. Miró hacia el teléfono. Permanecía mudo.

Carol había observado su mirada, pero no dijo nada. Observar las reacciones de la otra resultaba otra forma de evadirse.

Jenny, dejó de mirar al teléfono. Su mirada iba ahora a un punto indefinido.

Carol siguió observándola hasta convencerse de que ya no tenía objeto. También las reacciones se habían agotado. Había transcurrido mucho tiempo. Todas las reacciones humanas cabían en él de sobra.

Miró hacia otro lado.

— ¿Crees que estén con vida?

La pregunta le salió de repente. Las palabras se formaron sin su colaboración. Instantáneamente, sin que ella las pudiera contener.

Jenny la miró en silencio.

Durante toda la noche se habían hecho la misma pregunta, pero interiormente, sin atreverse a pronunciarla en voz alta. Era una pregunta vedada, con la que preferían no enfrentarse. Era mejor así. No descubrir a nadie sus sentimientos al respecto… ¿Había sentimiento?… o solamente se trataba de una tremenda confusión de miedo, amor, ternura, pánico?

— No lo sé —susurró Jenny, como si sus palabras surgieran de lo más profundo de sus entrañas.

— ¡Es horrible! —exclamó Carol, entre sollozos.

Jenny corrió hacia ella.

— Por favor, cálmate —le recomendó, agarrándola tiernamente por los hombros.

— No puedo más… —sollozaba Carol—. Esta espera me desquicia…

— Ya falta poco…

Jenny la condujo hasta el sillón. La sentó en él. Carol seguía llorando.

Jenny la dejó. Era mejor. Se desahogaría.

Le tomó una mano entre las suyas en gesto maternal.

Al poco, Carol dejó de llorar. Se secó las lágrimas con un pañuelo. Sonriente, miró a Jenny, quien la observaba a su vez.

Las dos sonrieron.

En la televisión estaban dando otro informe.

«Faltaban pocos minutos…»

¿Cuántos?

Nadie podía decirlo. Quizá se prolongaran a horas, días…

Es posible que lo que esperaban no llegara nunca. Se alargara indefinidamente y, por fin, perdieran toda esperanza.

Todo podía suceder.

«El Cosmos es una enorme caja de sorpresas para el hombre», pensó Jenny.

Carol se había repuesto del todo. Digería el último informe que había dado la televisión. Parecía estudiarlo detenidamente, tratando de hallar una escondida segunda intención en las palabras del comentarista que le dijeran que los tres hombres habían muerto. No la encontró. Parecía satisfecha.

Sintió el estómago vacío. Fue de golpe. Sensación rápida. Luego recordó. No habían comido nada desde hacía muchas horas.

— Tengo hambre —dijo.

Jenny la miró un poco extrañada.

— No hemos comido nada desde hace siete horas… —pareció disculparse Carol.

Jenny no pudo por menos que reír.

— Nos hemos olvidado de algo esencial… ¡Vamos! En la cocina tengo víveres…

Las dos caminaron hasta una habitación contigua.

Jenny abrió el frigorífico.

— Tienes una cocina muy bonita —comentó Carol, mirando a su alrededor.

— Gracias —contestó Jenny—. ¿Qué quieres?

Carol se acercó. Miró todos los manjares.

— No sé… Cualquier cosa… —dijo—. Lo que tú elijas…

Jenny preparó unos bocadillos de jamón.

— Toma —le dijo a Carol, entregándole uno.

— ¿Tienes cerveza?

— ¿Cerveza?

— Sí. Me gusta…

Jenny le dio una botella.

Volvieron a la otra habitación. Una sala convertida en especie de cuartel general. Un cuartel general en el que no se discutía de estrategia, ni de política. Ocupado simplemente por tres mujeres casi abatidas por el peso de la angustia.

— ¿Y ella? —preguntó Jenny, indicando a Evelyn.

— Déjala. Al menos, no tiene que soportar esta espera…

Jenny asintió.

Evelyn se había dormido, después de inyectarle el calmante. Desde aquel momento había permanecido sobre el sofá, totalmente ausente, dormida.

En la televisión estaban dando un concierto. Música grave, enérgica. Se sumergieron en ella. Los sonidos las transportaban a un

mundo irreal, colaborando a ello la presión psicológica a que estaban sometidas. Se dejaban llevar sin hacer ningún esfuerzo para impedirlo. Al menos, aquello era una forma de pensar y no pensar. De ser y no ser.

A veces, los bruscos ademanes del director, vuelto de espaldas, las devolvían a la realidad. Los sonidos fuertes, rápidos, violentos, les hacían soñar que estaban en medio de una tormenta, naufragando, solas…, pero volvían los tonos suaves, como si el director pensara en ellas, como si la música estuviera compuesta para interpretar sus propias emociones, y con ella volvía la calma. Habían llegado a la playa. El mar se había tranquilizado.

Comían como autómatas. Mordían, masticaban y tragaban. No podía decirse que encontraban placer en hacerlo. El sentido del gusto parecía aniquilado, o más bien que había unido sus fuerzas para tratar de intensificar la angustia. Todo era impersonal, lejano… Bebían cuando, aun sin darse cuenta, el alimento se negaba a seguir hacia el estómago. Parecía como si una pequeñísima parte de su cerebro estuviese al mando de aquella función y tratara por todos los medios, y pese a sus pocas fuerzas, de hacerlo lo mejor posible.

La pieza musical terminó.

De nuevo, volvió a aparecer el mismo comentarista, pero esta vez acompañado de otro hombre. Parecía un científico. Barba blanca, gafas de considerable grosor…

El comentarista hablaba. Lo estaba presentando. Luego, empezó a interrogarle.

—Profesor —dijo el comentarista—, ¿cree usted que hay posibilidades de que los tres astronautas sigan con vida?

El profesor se removió unos instantes en el sillón donde estaba sentado. Pareció pensar en lo que iba a contestar.

Jenny fijó su atención. Con el rabillo del ojo observó la excitación de Carol.

— La nube que en estos momentos atraviesa la nave espacial sigue siendo una incógnita; no la nube en sí —comenzó el llamado profesor — sino ciertas partículas de naturaleza hasta ahora desconocida y que, según los exámenes espectrópicos y todos los datos que hemos podido reunir, tienen la propiedad de absorber la energía eléctrica. Es decir, actúan como verdaderos secantes de este fluido…—hizo una pausa—. Respecto a si los tres hombres han podido sobrevivir a esta travesía, depende de muchos factores, esencialmente de que su sistema eléctrico haya podido resistir a estas partículas, dejando a la nave con la energía suficiente para mantener las más imprescindibles y vitales condiciones físicas dentro de la cabina… Responder si lo han logrado me es de todo punto imposible, puesto que desconocemos la actividad y fuerza de las citadas partículas.

El interrogatorio se prolongó.

Jenny comprobó que le era imposible seguir escuchando. Sólo frases sueltas quedaban grabadas en su memoria.

«Los astronautas poseen los suficientes conocimientos para sobrevivir…»

¡Gritaría! ¡Lloraría! Aquello resultaba superior a sus fuerzas. Si su marido muriera, ella…

«…en ese caso, la nave espacial quedaría en órbita solar indefinidamente.»

Ella se arrojaría por la ventana. Se suicidaría. La vida sería imposible sin James.

«Confiemos en Dios.»

La mano de Carol se apoyó en su hombro. Sin darse cuenta había comenzado a excitarse. Sus manos se retorcieron nerviosamente.

— Cálmate —dijo Carol.

Jenny lo intentó, consiguiéndolo a medias.

En la televisión, la entrevista había terminado. Una presentadora anunció algo. Luego, su imagen se borró.

Apareció el centro de Control.

Una voz en *off* decía algo.

Vieron a los técnicos.

«De un momento a otro se tiene que producir…»

En imagen, seguía Control.

De pronto, sonó el teléfono.

Un timbrazo seco, largo, inimaginable. Retumbó su sonido en toda la habitación, pero sobre todo en el cerebro de las dos mujeres. Sus tímpanos parecieron estallar.

Lo miraron unos instantes sobresaltadas, como si desconfiaran. Para cerciorarse de que no había sido un espejismo.

Luego, las dos corrieron hacia él. Jenny estaba más cerca y llegó antes.

Descolgó el auricular.

Carol se acurrucó a su lado.

— ¿Diga?

La voz de Jack White le llegó lejana. Todo se borra. Ya no existe nada en el mundo, sólo ellas y una nave espacial.

— Se ha establecido contacto —repite Jack White. Luego dice otras cosas que las mujeres no oyeron. Dio las gracias y colgó.

Se miraron. Lloraron, rieron. Por fin, se abrazaron.

* * *

La nave continuaba su viaje, como un microorganismo monstruoso sumergido en la inmensidad del Cosmos. Pequeña, insignificante, comparada con aquella grandiosidad.

La Tierra quedaba atrás, se empequeñecía. Las estrellas les rodeaban.

— Velocidad, nueve, coma, ocho, kilómetros por segundo —dijo Ben.

Nadie le había pedido el dato, y a ninguno de sus compañeros les pareció interesar.

La única virtud de aquel comentario fue despertarles. Sacarles del sopor en que se habían sumergido.

Los otros dos le miraron, entre extrañados y molestos. ¿Para qué servía aquello?

— Vamos bien —continuó Ben.

Su voz temblaba un poco. No podía remediarlo.

Los otros asintieron en silencio.

Todo salía según se había proyectado. Los planes perfectos. Se iban cumpliendo todas las etapas, a excepción de aquel fallo a consecuencias del cual sus posibilidades de sobrevivir se habían reducido enormemente.

¡Sarcasmo! En algún momento de aquella interminable espera lo habían sentido. Contra la técnica, contra los científicos, contra ellos mismos…

«Todo marchaba según los planes…»

Podían decirlo, y no se equivocaban.

¡Ironías del destino!

En el momento en que llegaran a la fase denominada órbita translunar, de nada les habría servido toda la perfección alcanzada hasta entonces.

Si tenían que realizar alguna corrección, que dadas las circunstancias era casi seguro, necesitaban las computadoras de tierra. Y para ello necesitaban establecer contacto.

Y en el supuesto de que ellos mismos pudieran efectuarlo con los instrumentos de a bordo, necesitaban la energía eléctrica.

La suerte estaba echada. Había transcurrido demasiado tiempo para conservar alguna esperanza.

Sus cerebros habían registrado todas las posibles causas, pero no encontraron ninguna factible.

Todo inútil.

La impotencia les envolvía en su abrazo mortal, sumiéndolos en un nirvana embriagador, colaborando a ello la falta de gravedad.

Sentían latir su corazón, su respiración…, como un reloj fatídico que les fuera marcando los segundos de vida.

— Altitud, con respecto a la Tierra…, ochenta mil kilómetros —manifestó Ben de nuevo.

El profundo silencio fue roto otra vez. Parecía un sacrilegio.

James casi no se enteró.

Henry le miró, colérico.

— ¡Cállate! —le increpó.

Ben le miró y sonrió.

— Hay que seguir con las órdenes de vuelo —replicó.

Los dos hombres se enfrentan con la mirada.

— ¡Eres un estúpido! —exclamó Henry.

Ben cambió de expresión. Parecía que iba a lanzarse sobre el otro. Su rostro se congestionó.

James parecía despertar. Cansadamente, pidió a sus compañeros:

— Calmaos.

Sus compañeros no se enteraron.

— No vuelvas a decir eso —amenazó Ben.

— Eres un estúpido —le desafió Henry.

Los nervios se desataron.

Ben se incorporó.

James despertó del todo.

— ¡Quietos! —gritó.

Agarró a Ben por el hombro y lo hundió en el sillón. Miró duramente a los dos hombres.

— Tratar de calmar esos nervios —les aconsejó—. No gastéis vuestras energías en demostrar estupideces. Tiempo tendréis…

La frase quedó sin acabar. Los otros dos bajaron la mirada. James se arrepintió de lo que iba a decir, aunque era fácil de adivinar.

De nuevo se hizo el silencio.

Esta vez, tenso, preñado de fantasmales presagios.

Delante de ellos, el tablero de mandos, con sus esferas, botones, pantallas, palancas… Todo inútil ahora. Inservible desde que faltaba el contacto con tierra.

¿Para qué querían saber a qué distancia se encontraban?

Cada vez aumentaba más y más, alejándoles de la vida y acercándoles al fin.

¿Qué les importaba a qué velocidad viajaban?

Tenían víveres para veinte días. Oxígeno, para otros tantos. Después…

Llegó de pronto. Al principio, imperceptiblemente. Algo que antes no estaba allí. Sus sentidos les avisaron. Algo distinto, nuevo. Lo sintieron.

Se removieron en sus sillones, inquietos…

No decían nada.

Pero había algo que no concordaba en el conjunto.

Disimuladamente, cada uno trató de hallarlo por sí mismo.

Las esferas, pantallas…

Ben gritó:

— ¡Nos están llamando!

Una luz roja se encendía y apagaba intermitentemente, aunque débil.

Nuevo grito, ahora de Henry.

Los tres miraron.

— ¡Mirad! ¡El sistema eléctrico se ha normalizado!

Los tres miraron.

La potencia correspondía con el rendimiento.

Se miraron.

No entendían nada.

— Ajusta el sistema eléctrico —ordenó James.

Nerviosamente, cumplieron la orden. Sincronizaron el sistema eléctrico. Cometieron errores. Se detenían. Volvían a empezar.

Ansiosamente, inquietos, como si aquella oportunidad se desvaneciera lo mismo que había surgido.

La luz roja seguía brillando intermitentemente.

— ¡Atención, Tierra!, ¿nos escuchan?

Sonidos extraños.

— Hola, muchachos, ¿cómo os encontráis?

La voz sonó clara, precisa…

La alegría les invadió. Lloraban, reían, gritaban. Se abrazaron. Ben saltó, sin poderse contener, y quedó suspendido en el techo de la cabina. Los otros dos le miraban riendo, con lágrimas en los ojos.

Desde tierra dejaron que se desahogaran.

Pasados los primeros instantes de excitación, la radio volvió a hablar.

— ¡Bien, muchachos! ¡Menudo susto nos habéis dado!

Todos rieron.

La calma volvía.

— Pero eso ya pasó —continuó diciendo la voz a través de las ondas—. Para vuestra tranquilidad, os diremos que habéis atravesado una nube producida por una erupción solar, en la cual existen unas partículas de naturaleza desconocida hasta ahora que absorben la electricidad y toda clase de ondas. Es lo que podemos deciros. No sabemos más…—hizo una pausa—. Ahora hay que trabajar. Vamos a realizar una comprobación de todos los instrumentos, ¿dispuestos?

— Dispuestos —contestaron los tres astronautas.

CAPÍTULO IV

Fueron revisados todos los sistemas principales: equipo de orientación y de travesía, circuitos eléctricos, alrededores de la cabina, así como el cohete de propulsión.

De forma simultánea, los sensores dispuestos por toda la cabina enviaron automáticamente a tierra infinidad de mediciones para calibrar mediante un telémetro, por la vía central del control de Houston, la posición exacta y las irregularidades en el vuelo.

Asimismo, los tres hombres se vieron precisados a enviar un extenso informe sobre las observaciones personales durante la falta de contacto.

Eran las tres de la madrugada cuando los técnicos de Houston quedaron satisfechos.

Había vuelto la normalidad.

Todo en perfecto orden.

— Desviación, cinco grados.

Se preparó la corrección.

— Encendido del motor principal, ocho segundos —oyeron desde tierra.

Conteo.

James pulsó el botón.

Sintieron un nuevo empujón.

Ocho segundos…

Lo apagaron desde Control.

Vieron alejarse la tercera fase del cohete que les seguía. Se perdería en una órbita solar.

Nueva revisión de los instrumentos.

La trayectoria era exacta.

Iban camino de la Luna.

A las veinticuatro horas de vuelo, partiendo desde el instante del lanzamiento, la nave viajaba a una velocidad de 43.300 kilómetros por hora.

La congoja había quedado atrás. Las horas de incertidumbre pasadas fueron un simple aviso de que el Cosmos era una selva con innumerables peligros e incógnitas.

No hubo corrección. El vuelo resultó perfecto.

A las cuarenta y ocho horas, el vehículo espacial se encontraba a 298.000 kilómetros de la Tierra y volaba a una velocidad de 51.440 kilómetros por hora. Cuando la nave llegó a 56.000 kilómetros de la Luna, el campo de gravitación del satélite, aunque muy débil, sólo la sexta parte del terrestre, comenzó a hacerse sentir sobre el vehículo,

elevando su velocidad a 9.200 kilómetros por hora.

En tierra, se seguían paso a paso todos los momentos del viaje. La angustia pasada tuvo la virtud de que el mundo volviera los ojos hacia aquellos tres hombres, esperando de un momento a otro una nueva sorpresa.

En el centro de Control se discutían, entonces, las probabilidades de hacer descender a los astronautas sobre la Luna o de hacerles volver a la Tierra. El incidente ocurrido debía haberles restado energías. La fatiga ocasionada podía hacerles cometer errores imprevisibles, que hicieron fracasar el viaje.

En previsión a lo que pudiera ocurrir, la trayectoria actual de la nave había sido calculada perfectamente por las computadoras de tierra, por si los astronautas decidían, por causas físicas o psicológicas, regresar al planeta. En este caso, el vehículo, sin movimiento propio alguno, sería obligado a dar la vuelta alrededor de la Luna y a volver a la Tierra, una trayectoria de «regreso libre» debida a los efectos combinados de la gravedad de la Tierra y de la Luna.

Consultaron con los tres hombres. Que ellos decidieran.

Henry alzó el pulgar en un gesto característico.

Ben asintió.

— Bajamos —comunicó James.

Las computadoras volvieron a funcionar, respondiendo a las preguntas de los técnicos.

Llegó otro momento crítico…

Ponerse en órbita lunar.

Para ello, la tripulación tuvo que llevar la nave a ciento veintiocho kilómetros de la Luna, gracias al motor de explosión de 9.300 kilogramos que funcionaría durante 246 segundos. Este impulso frenaría el vehículo, colocándole en la adecuada órbita para intentar el alunizaje. De no ser así la nave, al dar la vuelta a la Luna, saldría de nuevo de su atracción, volviendo a la Tierra, según ya se ha dicho, con la llamada trayectoria de «regreso libre».

Llegó el momento decisivo.

Las comunicaciones con Tierra estaban bloqueadas, ya que la maniobra había de realizarse cuando el vehículo se encontrara sobrevolando la cara oculta del satélite.

En el último instante, James podía decidir, por una u otra causa, renunciar a posarse en el satélite.

La decisión quedaba en sus manos…

Desde tierra trataron de no influir sobre ellos.

James consultó con sus compañeros de nuevo.

Abajo, el satélite…

Empezaba la zona oscura.

Las comunicaciones cesaron.

¡Adelante!

Llegó el momento.

James pulsó el botón. El motor entró en ignición. Al instante, sintieron el choque. La velocidad disminuyó.

Comprobaron su funcionamiento.

La Luna se acercaba cada vez más.

Habían de lograr una órbita elíptica, cuyo radio menor sería de 128 kilómetros y el mayor de 314.

Todo iba a la perfección.

El motor continuaba en ignición, frenando constantemente la velocidad de la nave.

La órbita en que iba a colocarles, sería estacionaria. Con ella, el centro de Control pretendía dar una nueva oportunidad, tanto a los astronautas como al vehículo, para el caso de que, en el último instante, se arrepintiesen o el artefacto fallara, pudieran, cuando se hallaran a 314 kilómetros del satélite, por muy poca fuerza de que dispusiera el motor, sacarles de la atracción lunar y devolverlos a casa.

Los doscientos cuarenta y seis segundos se cumplieron.

Se había logrado la órbita.

El motor cesó en su ignición.

La computadora registraba los datos.

En el exterior, la oscuridad era total.

Tendrían que esperar a salir de la zona oscura del satélite para comunicarse con tierra.

Después, les aguardaba el descanso.

Efectuaron nuevas comprobaciones.

Los planes tuvieron que cambiarse. En el primitivo, no figuraba aquella órbita de estacionamiento, en previsión de fallos, pero, a pesar de ello, las matemáticas siguen rigiendo el vuelo.

Las cámaras especiales, adaptadas para observar la cara oculta de la Luna, entraron en funcionamiento.

Al cabo de una hora, se reanudaron las comunicaciones.

Desde la tierra les ordenaron descansar.

Cuatro horas.

James pidió permiso a Control para tomar somníferos.

Los tres hombres los necesitaban.

El permiso fue concedido.

Luego, extendieron los sillones formando una especie de sofá.

Se echaron a dormir.

Cuatro horas más tarde, mediante ligeras descargas eléctricas, los tres hombres fueron despertados desde Control.

Nuevamente, les pidieron parecer sobre si deseaban seguir adelante.

La contestación es afirmativa.

Se hicieron los preparativos para colocar la nave en una órbita circular.

Efectuaron el encendido del motor.

Se obtuvo la órbita.

Nuevas comprobaciones entre Control y módulo de mando, y entre el módulo lunar y el de mando.

Todo parecía sincronizado.

James y Ben ocuparon el módulo lunar. Henry quedó solo en la cabina de mando.

Últimos preparativos.

La orden de separación llegó.

El descenso del módulo lunar fue cauteloso, describiendo una gigantesca curva, mientras los cohetes de freno reducían su velocidad a ochenta kilómetros por hora y sus tripulantes observaban ansiosamente por las ventanillas el lugar de alunizaje.

El cráter «Aristarco», famoso por las nubes de gas que se formaban sobre él y que habían sido observadas numerosas veces desde tierra. Era la primera vez que ojos humanos iban a poder mirar de cerca aquel gigantesco hoyo de 56 kilómetros de diámetro y sus misteriosas emanaciones de gas.

Doscientos metros para llegar a la superficie lunar…

Cien…

Observaron el lugar donde tenían que posarse. Si les parecía demasiado accidentado, podían conducir el módulo hasta otro punto más suave.

Cincuenta metros…

Ya distinguían perfectamente los accidentes del terreno.

Veinte…

Un ligero desnivel.

James tomó los mandos. El cerebro electrónico le iba indicando los datos necesarios.

— Un grado a la derecha.

Diez metros

El módulo, sostenido a pulso por el cohete, se movió un poco hacia la derecha.

Descendió.

Ben miró por la ventanilla.

¡Contacto!

Habían llegado a la Luna sin novedad y según lo previsto en los cálculos.

Instantáneamente, efectuaron una revisión de la nave. A la menor duda, despegarían de inmediato.

— Todo en perfecto orden.

* * *

La televisión dio la noticia.

«La nave espacial se ha posado suavemente sobre la Luna y en el lugar indicado.»

La gente pareció suspirar de alivio.

Se dieron nuevos detalles.

No había retransmisión en directo con la luna. La nave espacial no iba provista de cámaras de televisión como en los primeros lanzamientos.

Su falta fue suplida con abundante literatura.

Los numerosos corresponsales llegados a Houston se quedaron allí.

Todo había vuelto a la normalidad. Pero el viaje espacial volvía a tener actualidad, gracias a los momentos de angustia pasados. Sus comentarios ya no ocupaban la primera plana, pero al menos podían hacerlos tan extensos como quieran.

La gente miraba para arriba.

«Los tres hombres perdidos han llegado por fin a su destino.»

La vida continuaba.

Las esposas de los astronautas proseguían su vida normal. Todo acabó.

Se sentían un poco heroínas de la proeza de sus esposos.

A ellas, también les correspondía un poco de gloria. Habían tenido que sobrevivir a aquellos momentos de angustia y de congoja.

Evelyn relató sus impresiones. Era una costumbre de siempre. Toda su vida había redactado un diario. Algún día, por fin, se decidiría a escribir algo. No sabía qué.

Un periódico de San Francisco propuso a las tres mujeres que describieran sus reacciones, sus sentimientos, en aquellas negras horas pasadas.

Se decidieron.

Cobrarían cinco mil dólares por unos cuantos folios. Les concedieron un límite entre cinco y diez. En estos folios habían de condensarlo todo.

El principio no les fue fácil…

Evelyn tenía alguna experiencia, pero durante aquel tiempo había estado dormida a causa del calmante que le suministraron. No se enteró de nada.

«Todo negro. El infinito se abría ante nosotras, y en él sólo podíamos ver nuestros esposos viajando…»

Aquello era pueril.

Lo reconocieron.

Además, no expresaba verdaderamente sus sentimientos.

Pensaron.

Con ayuda de los comentarios que aparecieron en la Prensa de aquellos días, las mujeres trataron de hallar las palabras y adjetivos precisos.

«Se hizo el silencio».

«Ellos y nosotras…»

Había demasiada literatura, pero les gustaba.

«La inmensidad del Cosmos…»

Literatura.

Siete folios.

El redactor jefe del periódico les dijo que estaba bien, pero que, no obstante, y con el fin de corregir algunos fallos «sin importancia», iba a enviarles un redactor para hacerlas algunas preguntas.

El interrogatorio duró siete horas. Las crudas preguntas llegaron hasta lo más íntimo de su alma, desguarneciéndolas de lo que cada una de ellas había guardado de sensaciones sobre aquel suceso.

Fiel, preciso, implacable…

Las tres esposas quedaron exhaustas, como si les hubieran robado el esqueleto y para andar tuvieran necesidad de arrastrarse.

Al día siguiente, apareció el artículo en primera plana y continuando en las páginas centrales.

No tenía ningún punto en común con el que ellas habían escrito.

Sus almas quedaron al descubierto y millones de lectores las contemplaban.

Sintieron vergüenza.

No existía en el artículo ninguna impresión vaga o abstracta. Todo preciso, descrito cruelmente.

El reflejo de esposas valientes, si en algún momento había existido, quedó borrado. Todo se nubló.

Intentaron demandar al periódico.

¡Habían firmado las declaraciones hechas al redactor!

Aconsejadas por algunos amigos, dejaron que el incidente se calmara.

Era mejor así.

El resto de la prensa se hizo eco del artículo.

Diariamente se hacían alusiones de todo género.

Tuvieron que soportarlo todo.

Personas influyentes, así como compañeros de sus esposos, salieron en su defensa, logrando paliar un poco las consecuencias

La cosa se calmó, pero la impresión persistía…

«La nave espacial se ha posado suavemente en la Luna y en el lugar indicado —decía en aquellos momentos el comentarista de televisión. El comandante del módulo lunar. James Rich, se vio precisado a tomar los mandos para llevar la nave hasta un lugar cercano, donde no existiera el desnivel que observaron en el lugar primitivo señalado

para el alunizaje. A pesar de esta pequeña anomalía— seguía diciendo —la operación ha sido perfecta, diez metros aproximadamente a la derecha del lugar indicado, al borde del cráter «Aristarco», situado en el borde noroeste del disco lunar—. En la pantalla apareció un mapa de la Luna. La voz del comentarista prosiguió diciendo: El cráter «Aristarco» tiene un diámetro de cincuenta y seis kilómetros. Su color, muy claro, es francamente brillante en plenilunio. Fue fotografiado con gran nitidez por las cámaras del «Orbiter V», el 18 de agosto de 1967. En el centro del cráter se encuentra un pico de aproximadamente trescientos metros de altitud. —La cámara enfocaba la parte del cráter—. Hacia el borde del mismo se extiende la curiosa formación denominada «Cabeza de Cabra», donde muchas veces se han podido observar nubes de gas. —La cámara enfocó de nuevo al comentarista—. Se espera que los astronautas puedan facilitar los datos precisos para aclarar este misterio. Según se cree, la Luna sufre ligeras deformaciones que provocan la salida de materias lunares gaseosas. De todos modos, los dos hombres que actualmente se encuentran en nuestro satélite tienen la última palabra. Según su plan de trabajo, dentro de dos horas aproximadamente saldrán del módulo lunar y realizarán un corto paseo para reconocer el terreno y ver las posibilidades que tienen de bajar al fondo del cráter. Tras este primer paseo, que durará de tres a cuatro horas, se recluirán de nuevo en el módulo y descansarán otras seis horas… Luego darán un segundo paseo, en el que llevarán a cabo un estudio geológico, así como una investigación lo más detallada posible de las causas de estas nubes. Se espera también que los dos hombres instalen una pila atómica, semejante a las ya existentes en la Luna, transportada en anteriores viajes, para suministrar energía a los numerosos instrumentos que han de dejar sobre el satélite… De momento, los dos hombres se disponen a comer. Su minuta es la siguiente: escabeche, carne en salsa, dulce de gelatina y zumo de uvas. A continuación procederán a equiparse para salir fuera del módulo… A medida que vayamos recibiendo noticias, se las transmitiremos a ustedes… Hasta entonces…

La imagen se borró.

Jenny se levantó y apagó el receptor.

Luego, conectó la «caja»; especie de aparato receptor que la N.A.S.A., facilitaba a las esposas de los astronautas en vuelo para que pudieran escuchar las voces de sus maridos.

— Esto está bueno —decía Ben en aquellos momentos.

— No toméis demasiado dulce —recomendó una voz desde Control.

Jenny sonrió.

Le gustaba escuchar aquellas voces, aunque casi siempre estaban dando datos sobre los instrumentos, lo cual llegaba a ser aburrido.

Evelyn y Carol estaban en la cocina.

— Henry, ¿nos escuchas? —llamó en aquellos instantes Ben.

— Sí —contestó el otro desde el módulo de mando.

— ¿Qué te han dado a ti para comer? —preguntó, en tono alegre.

— Todavía no he comido —se le oyó contestar.

Desde Control pidieron a Henry nuevos datos. El hombre, que en aquellos momentos se encontraba solo, dando vueltas alrededor de la Luna, comenzó a leerlos.

Jenny escuchó un poco, luego bajó el volumen y se fue a la cocina.

Las otras dos se afanaban en los quehaceres domésticos.

Su amistad se había hecho tan íntima que, más que compañeras, parecían hermanas. Siempre ocurría lo mismo. Las esposas de los astronautas se reunían para tener cerca de ellas a las personas que verdaderamente sentían lo mismo ante la aventura de sus esposos.

— ¿Qué hacen? —preguntó Evelyn.

— Están comiendo —contestó Jenny.

Carol probaba un guiso.

— ¿Cómo está? —preguntó Jenny.

Carol hizo un gesto de satisfacción.

— Pruébalo —invitó.

Jenny se acercó y probó lo que la otra le daba.

Lo saboreó.

— Estupendo —declaró.

Evelyn trituraba algo en un aparato.

— ¿Os ayudo? —preguntó Jenny.

Las otras se encogieron de hombros.

Jenny pensó que podía hacerlo. Miró a todas partes. Aquélla era su casa, pero las otras parecían saber más de ella que su propia dueña.

— ¿Qué hago? —preguntó.

Las otras la miraron. Buscaron algo…

— Acércame ese plato —pidió Evelyn, refiriéndose a pequeños trozos de carne que tenía que añadir al guiso.

Jenny le pasó el plato. Tuvo la sensación de ser una inútil.

Las otras dos tenían pericia en lo que hacían. La cocina no era para ella.

— No tan de prisa —dijo Evelyn.

Jenny se quedó con un trozo de carne en la mano, esperando que la otra terminara de triturar lo que ya le había entregado.

Evelyn lo había introducido en el aparato. Luego, pulsó el botón de la puesta en marcha.

Jenny sintió un poco de asco por la carne que sostenía entre las manos y se apresuró a dejarla sobre la mesa.

Evelyn esperaba. Ella también.

— ¡Menudo banquete! —exclamó Carol, abriendo el horno y

mirando a su interior.

Sonrieron las tres.

Iban a celebrar la llegada a la Luna.

— ¿Cómo está eso? —preguntó Carol.

Evelyn no la entendió, debido al ruido del aparato.

— ¿Qué…?

— ¿Cuándo terminas con eso? —volvió a preguntar, con voz algo más fuerte.

— En seguida —contestó Evelyn.

Jenny las observaba.

Las dos se encontraban en su elemento —pensó—. Eran iguales. La clásica mujer americana de clase media… Las dos habían abandonado sus estudios para casarse… ¡hasta en eso coincidían! —sonrió para sí.

Sin saber exactamente por qué, se sintió superior.

Su marido era el comandante de la nave espacial. Ella terminó sus estudios y en la actualidad trabajaba…

Salió de su ensimismamiento al cesar el ruido del triturador.

Evelyn había parado el aparato. Abrió la parte superior y volcó su contenido en otro recipiente.

Jenny sintió repugnancia por aquella especie de líquido.

— ¿Qué es eso? —preguntó.

Evelyn pareció no hacerle caso, ocupada en verter el líquido.

— ¡Ya verás qué bueno está! —le contestó.

Evelyn se acercó a la mesa y comenzó a picar una cebolla.

La impresión de inutilidad de acentuó en Jenny.

«Aquello parece una competición gastronómica entre las otras dos». Miró a una y a otra. Las dos estaban absorbidas en su trabajo.

No sabía qué hacer. Se encontraba molesta.

Evelyn acabó de picar la cebolla. Se volvió y casi tropezó con ella.

Jenny se retiró, pidiendo disculpas.

Evelyn no dijo nada. Continuó con su trabajo.

Buscó en su mente algo para tratar de salir de allí.

— Voy a llamar por teléfono —declaró.

Sin esperar contestación, dio media vuelta y salió de la cocina.

Fuera, en el living, se encontró mejor. Le desapareció la sensación de violencia.

Tenía que llamar por teléfono, pero ¿a quién?

Buceó en su mente.

Tomó el teléfono, pero en seguida volvió a dejarlo.

Se dirigió hacia la escalera y subió a las habitaciones del piso superior. En una de ellas tenía la agenda con los números de sus amigas.

La tomó y bajó nuevamente al piso de abajo.

¿Tracy…?

Marcó el número, apuntado en la agenda.
El teléfono llamó…
¿Qué le va a decir? No se le ocurría nada… ¡Era una estupidez! Tenía que haber sido Tracy la que la hubiera llamado a ella…
El teléfono siguió llamando… No había nadie.
Colgó.
Comenzó a buscar otro número… ¿Para qué? La justificación ya está hecha…
Se sentía puerilmente contenta.
¿Y ahora?
Decidió quedarse allí. Fue hasta la «caja» y aumentó el volumen del sonido. Estaban verificando datos… de nuevo.
Sintió rabia…
Bajó el volumen. Acto seguido se sentó en un sillón.
Aumentó su rabia contra las otras dos mujeres. La hacían sentirse extraña en su propia casa.
¡Era ridículo!
Se acercó al televisor y lo conectó.
En imagen apareció una escuela. La maestra explicaba algo sobre el triángulo…
Desconectó el aparato.
Miró la «caja».
¿Cuántas horas llevan ya en la Luna? ¿Cuándo comienza el paseo?
Se sentó de nuevo.
Desde la cocina, la llegaban murmullos de voces.
«Seguro que Evelyn habla sobre los problemas técnicos del viaje espacial. Parece saberlo todo…»
«Jamás volveré a ofrecer mi casa como cuartel general de espera…», se promete.
Más tarde, reconoció que, en los momentos de angustia, la compañía de las otras dos mujeres había sido decisiva.
¡Pero ahora…!
Las dos la hostigaban, mostrándose mutuamente sus habilidades.
Aquélla había sido la razón del famoso y tremendo artículo. Hablaron y hablaron, tratando de acaparar la atención del reportero, insinuando constantemente que ellas habían soportado la carga más intensa en aquellas horas de incertidumbre…
Las voces en la cocina se hicieron más fuertes. Escuchó.
No pudo entender nada. Sólo algunas palabras sueltas.
Suspiró. Se removió en el sillón. Cambió de postura. Se aburrió.
¿Qué va a decir si las otras salen y la encuentran allí?
— ¡Al diablo!
Se reirían. Habían demostrado que valen más que ella, que la hacen sentirse como una extraña…

¿Por qué no invertir los papeles?

Su expresión cambió.

¿Por qué no?

Se decidió al fin.

Solo había que tener un poco de tacto.

¡Ya estaba bien de encontrarse como perdida, sin saber qué hacer…!

Se levantó y fue hasta la cocina.

Entró.

— ¿Cuándo acabáis? —preguntó.

Evelyn y Carol la miraron.

— Falta poco —contestó la primera.

— Daos prisa, por favor. Tengo apetito —dijo en un tono más autoritario y a guisa de despedida.

Regresó al sillón y tomó asiento nuevamente. Estaba satisfecha.

* * *

— ¡A trabajar, chico…! —dijo James.

Comunica con tierra por medio de la radio.

— La comida ha sido estupenda —declara.

Desde Tierra les comunicaron que se prepararan para realizar la primera salida.

Se calzaron las enormes botas. Se vistieron el traje espacial. Luego, mutuamente, se ayudaron a ponerse la escafandra y los restantes aparatos a la espalda.

Descompresión en la cabina.

James bajó el primero. La inhóspita superficie lunar se ofreció a sus pies. Descendió por la escalerilla, adosada a una de las patas del módulo.

La emoción le embargaba.

Puso el primer pie, el derecho. No pensaba en supersticiones. Estaba pendiente de lo que podía ocurrir.

El suelo es duro. Roca…

Descendió el otro pie. Se aferró fuertemente con las manos a la escalerilla.

— ¿Qué tal? —preguntó Ben desde la cabina.

— Ya estoy abajo —contestó James.

Se soltó.

Avanzó un pie. Tuvo que detenerse. La menor gravedad hacía que, al impulsar el pie con la fuerza normal usada en la Tierra, salga disparado…

El otro…

Pero pronto se acostumbró. Se sentía bien.

Se alejó del módulo unos diez metros. Se sentía perfectamente.

Estaba contento.

— ¿Cómo te encuentras? —le preguntaran desde tierra.

— Perfectamente —contestó—. ¡Adelante, Ben!

James sintió un agradecimiento inexplicable, una alegría cristalina…

A través de la escotilla, vio salir a Ben. Parecía un muñeco. Descendió lentamente por la escalerilla…

El sol estaba inclinado. Se hallaban en la tarde lunar. Las sombras eran muy alargadas.

Ben llegó al suelo. Tanteó…

James se rió.

— No tengas miedo —le dijo—. Inclínate un poco hacia delante…

Ben se soltó de la escalerilla.

Dio el primer paso. Al poco, se acostumbró totalmente a las nuevas condiciones.

— ¿A qué distancia estáis del cráter? —preguntaron desde tierra.

— Cincuenta metros aproximadamente —contestó James.

— Caminad hasta el borde, y tratar de encontrar un lugar por donde bajar.

Comenzaron el paseo. Los dos hombres caminaban erguidos, como extrañas marionetas movidas a cámara lenta.

El paisaje desolador se extendió ante ellos. Sus botas se hundían en el polvo.

El color ocre predominaba en el paisaje.

Ben saltó. Se elevó casi un metro.

— Ten cuidado —le advirtió James.

Cayó lentamente. Se inclinó demasiado hacia delante. Al llegar al suelo, el peso que llevaba a la espalda, el equipo de vida, le venció y perdió el equilibrio.

Extendió las manos hacia delante.

James le ayudó a incorporarse.

Ben rió.

— No he podido remediarlo —declaró.

Continuaron andando.

Desde tierra, seguían el ritmo de su corazón hasta el punto de que sabrían antes que ellos si les acechaba la fatiga. En tal caso, les ordenaría regresar inmediatamente al módulo.

El cráter se ofrecía ante ellos.

La profundidad no era excesiva. Setenta metros por el lado donde ellos estaban. El fondo tiene de un color ligeramente más blanco que el que han visto hasta entonces.

— No hay rastro de nubes —informó James a tierra.

Por aquel lado no podían intentar el descenso, pues había un ángulo de setenta grados.

Comenzaron a bordearlo hacia el sur. La pendiente se hacía más suave. Llegaron hasta un lugar en donde solo era de catorce grados.

Decidieron afrontarlo.

— Vamos a bajar —comunicaron a tierra.

Los dos se ataron como si fueran alpinistas.

Empezaron el descenso, lento, inseguro, al principio. Luego, más rápido.

Llegaron al fondo… La capa de polvo era más espesa.

— Nos hundimos unos diez centímetros —comunicó Ben.

Como si pisaran sobre nieve…

Continuaron andando. A su paso levantaban un rastro de polvo, que tardó mucho en volver a posarse en el suelo.

Se enfrentaron a una nueva pendiente.

El desnivel era mayor. Llegaba a los veinte grados. Profundidad, veinte metros.

Ben inició el descenso. Sus botas se hundían…

— El espesor de la capa de polvo es mayor aquí —declaró.

James le siguió.

Continuaban atados.

Llegaron al fondo sin ningún incidente.

Prepararon las cámaras para fotografiar todos los sitios que creyeran interesantes, aparte de los ordenados por los científicos.

La capa de polvo se hacía menos espesa. A pesar de ello, la marcha se hacía penosa.

El paisaje era idéntico. La inclinación del sol hacía que las sombras tuvieran un aspecto fantasmagórico.

Silencio, denso, casi material.

— Veo la nave —dijo en aquellos momentos Henry, desde el módulo de mando.

Los dos trataban de mirar hacia arriba. Les era difícil debido a que el módulo se encontraba casi verticalmente sobre ellos y la escafandra era opaca en la parte superior de la cabeza.

Desistieron de su empeño y continuaron su trabajo.

Las fotografías se sucedían.

Trataron de encontrar un lugar rocoso, donde poder instalar los instrumentos que habían de quedar en la Luna.

— Debe encontrarse más allá —señaló, James.

Siguieron andando.

Había transcurrido una hora.

La capa de polvo iba haciéndose menos espesa, lo cual les indicó que pronto llegarían a terreno más duro.

Ben se volvió.

— Estoy viendo el módulo de mando —manifestó.

James se volvió también y observó.

Un punto luminoso se desplazaba en el espacio, siguiendo la órbita lunar. Descendió en el horizonte…

Lo observaron durante unos minutos.

— Continuad adelante —les dijeron desde tierra.

A través del cristal protector de la escafandra, los dos se miraron y luego se echaron a reír.

Echaron a andar de nuevo.

Hora y media…

— ¡Aquí! —dijo James, pisando con fuerza en el terreno rocoso.

Ben llegó a su altura. Observó el lugar.

— Es bueno —declaró.

Hicieron fotografías del mismo.

— ¿Situación? —pidieron desde tierra.

— Está a unos ochocientos metros del lugar por donde hemos descendido, en dirección al centro del cráter —contestó James.

Ben, mientras tanto, hacía las mediciones correspondientes en relación con el Sol y la Tierra; luego las comunicó a Control.

Esperaron un poco.

En tierra, calcularon el lugar.

— Es bueno —les dijeron.

El módulo de mando había desaparecido en el horizonte. Se hallaba tras la cara oculta de la Luna. Las comunicaciones con él se habían interrumpido.

— Os quedan cuatro mil unidades térmicas —les informaron desde tierra—. Regresad al módulo.

— De acuerdo —contestó James.

Ben, que se había alejado un poco, para seguir tomando fotografías, escuchó la voz de Control y se volvió.

James le hizo un significativo ademán con el brazo.

— Vamos —dijo.

Aguardó a su compañero y los dos emprendieron el regreso, siguiendo las huellas que dejaron a la ida.

La Tierra está en un plano ligeramente inclinado con respecto a ellos. La observaron. Es el mismo efecto que ver la Luna desde la Tierra, sólo que ésta es mayor y, además, no existe atmósfera alguna que perturbe la visión.

— Es bonita, ¿verdad? —dijo James.

— ¡Si no fuera por la cantidad de líos que existen en ella…! —contestó Ben, sonriendo.

El rastro permanecía intacto. Sus huellas aparecían perfectamente marcadas en el suelo…

— ¿Qué te ocurre, Ben?… Observamos que tu temperatura está subiendo… —les dicen desde tierra.

— Siento un malestar en el cuerpo. Sobre todo, en los lugares

donde están adheridos los censores biométricos —contestó Ben.

— Puede ser… Tratar de llegar lo antes posible al módulo…

— De acuerdo.

Su paso fue algo más rápido a partir de ahora.

Tres horas…

Ante ellos surge la primera pendiente.

Se ataron de nuevo y comenzaron a subir. Muchas veces tuvieron que apoyarse en las manos y tratar de subir a gatas. El polvo, al deslizarse bajo su peso, les hacía muy difícil el caminar.

Por fin, tras mucho esfuerzo, lograron llegar arriba. Los dos sudaban copiosamente.

— Descansad unos instantes —les ordenaron desde tierra.

Se pararon. Jadeaban.

Poco a poco, su respiración se fue normalizando.

— Uno de los censores me está haciendo polvo —declaró Ben, malhumorado. Creo que me está levantando la piel…

— Aguanta un poco —aconsejó James.

Miraron hacia donde han estado…

— ¡Es espantoso! —exclamó James.

Una tremenda desolación flotaba por todas partes.

Desde tierra observaron a través de los datos que les suministraban los censores adheridos a los cuerpos de los astronautas, tales como latidos, pulsaciones, temperatura del cuerpo, etc., los primeros síntomas de que a James le acechaba la fatiga, más psicológica que física.

— Podéis emprender el camino —transmitieron—. Caminad despacio, tranquilos… —les aconsejaron.

Los dos hombres se enfrentaron con la segunda pendiente. Su longitud era mayor, aunque, en compensación, su desnivel era menor.

Notaron que el cuerpo se les llenaba de sudor. Su respiración era entrecortada.

El equipo parecía pesar el doble…

Descansaron unos instantes. Faltaba poco.

— ¡Adelante!

Por fin, llegaron arriba.

Otro descanso.

El camino hasta el módulo fue fácil.

CAPÍTULO V

Algunos periodistas habían desertado. Otros se quedaron como si intentaran justificar el largo viaje que habían tenido que realizar.

Las noticias comenzaban a llegar rutinariamente. Todo había perdido espectacularidad. El viaje se estaba realizando según lo previsto, y eso ya no era rentable, periodísticamente hablando.

Jimmy vagaba de un lado a otro esperando más que cualquier nuevo incidente que pudieran sufrir los astronautas la orden de su jefe para que regresara a Nueva York y se incorporara a un nuevo puesto en el periódico. Más alto que el anterior, desde luego. Sus trabajos habían alcanzado la primera plana, en una extensión considerable, durante dos días. Ahora ya quedaban relegados a páginas interiores.

En el bar, muchos periodistas trataban de matar el tiempo de diversas formas. Bebían, hablaban con los técnicos que habían terminado su turno de trabajo, y otros, sentados, permanecían en silencio.

Jim se acercó a la barra y pidió un coñac.

— Debería estar agradecido a aquellos tres hombres —pensó—. Gracias a ellos había logrado destacar en su periódico. ¡Lástima que no hubiera podido entrevistar a sus esposas, tras el escándalo del famoso reportaje en el periódico de San Francisco…! De todas formas, no lo sentía demasiado. Aquel tema le repugnaba… Atacar a tres mujeres, por haber sentido miedo, cuando sus esposos estaban en peligro, no iba con él. Prefería vérselas con hombres. Hombres duros e importantes. En esta nación existe toda una gama de hombres para todos los gustos —sonrió—. ¡Cuántas cabezas iban a rodar…!

— Su coñac, señor —dijo el camarero.

— Tratemos de pasar lo mejor posible el tiempo que me queda estar aquí —se aconsejó a sí mismo.

Bebió la copa de un solo trago.

* * *

— ¿Qué te ocurre, Ben…? Observamos que tu temperatura está subiendo.

— Siento un malestar en el cuerpo. Sobre todo, en los lugares donde están adheridos los censores biométricos.

Las tres mujeres escuchaban en silencio las voces procedentes de la «caja».

Carol se removió inquieta en su sillón.

Fue a decir algo, pero se contuvo. La voz de Control volvía a oírse.

— Puede ser. Tratar de llegar lo antes posible al módulo.

Con el pensamiento, trató de situarse en el lugar donde se

encontraban los dos hombres.

— ¡Pobre, Henry! —suspiró Evelyn—. Está totalmente solo…

Jenny y Carol la miraban pero no dijeron nada.

— Solo —pensaba Evelyn—, sin poder comunicarse con nadie. ¡No es justo!… Su misión es tan importante como la de los otros dos, y sin embargo…, la gloria no le corresponde…

En la «caja» se oyeron las voces de James y Ben, que hablaban entre sí.

Luego, su respiración, se fue haciendo cada vez más rápida.

Carol se concentró. Se sugestionó…

Su respiración comenzó a agitarse. Llegó a sentirse cansada… Miró la «caja» fijamente…

A través de ella, escucharon una maldición de James, y casi al mismo tiempo a Ben, que gritó. « ¡Cuidado! »

¡Resbalaron!

— ¡Ya tenía Henry que haber establecido contacto…! —exclamó Evelyn.

— ¡Calla! —dijo Carol.

Escucharon atentamente. La respiración de los dos hombres se hacía más afanosa.

— Descansad unos instantes —aconsejaron desde Control.

Jenny y Carol parecieron descargar toda su tensión. Se movían en sus respectivos sillones.

Volvieron a escuchar voces.

Los astronautas emprendieron la subida de la segunda pendiente.

Carol se puso a rezar, sin apenas darse cuenta.

A su pensamiento acudió el día que conoció a Ben… En una fiesta. Él era teniente entonces.

Trató de recordar lo que le dijo cuando se la presentaron.

— Señorita, soy teniente.

— Mi padre, es coronel —contestó ella.

Toda la pomposidad de él se vino abajo.

Rieron.

Se hicieron amigos, Luego…

— ¡Ya han subido! —dijo Jenny.

Carol escuchaba atentamente.

Los dos hombres hablaban entre sí.

— Estoy cansado —dijo James.

— Lo que hemos hecho no es broma —contestó Ben.

Las voces de Control les indicaban algo.

Un descanso. El tiempo se estaba agotando.

Comenzaron el camino hacia el módulo.

Evelyn se mostraba inquieta.

— ¡Ya tenía que haber establecido Henry contacto…! —repitió.

Carol miró su reloj de pulsera.

— Todavía falta un cuarto de hora, para que salga de la cara oculta… —declaró.

Evelyn consultó su reloj. Pareció calmarse un poco.

Sintieron como los astronautas llegaron al módulo. Luego, como accionaron diversos instrumentos para crear la presión y atmósfera necesaria para sobrevivir en la cabina.

Ben se quejó de los censores.

Oyeron cómo se quitaban los trajes.

— Debo ser alérgico a los censores. Uno de ellos me está supurando —dijo Ben—. Me lo voy a quitar.

Desde Control le contestaron.

— Cámbiatelos de lugar, pero no te los quites.

Ben protestó.

— ¿Para qué queréis ahora tener datos sobre mí? ¡No creo que vaya a ocurrir nada mientras estemos aquí…!

Control tardó algo en contestar.

— Está bien; puedes quitártelos mientras estéis en el módulo —accedieron por fin.

Se pudieron escuchar más ruidos. James estaba tendiendo las hamacas.

— Vamos a descansar —dijo.

Al poco, el silencio fue total.

Evelyn miró el reloj.

— ¡Ya han pasado los quince minutos…! —exclamó.

El silencio continuaba. La angustia se reflejaba en su rostro.

Pasó un minuto…

Las otras se contagiaron.

Unos ruidos. Luego, la voz de Henry…

Suspiraron.

— Atención, Control… Comprueben el sistema de guía de la nave. Creo que estoy girando en torno a la Luna más rápidamente de lo previsto…

La contestación no tardó en llegar.

Las mujeres escucharon atentamente.

— La velocidad de la nave es correcta. No debes preocuparte, porque la zona oscura es más corta… Se debe a la posición del Sol…

— Otra cosa —pidió Henry—. No sé si me he acatarrado, pero los oídos me zumban de vez en cuando. ¿Qué clase de tabletas debo tomar y en qué dosis?

Pudieron escuchar cómo la voz de Control llamaba a alguien.

Otra voz le respondió.

— Toma una tableta amarilla cada cuatro horas aconsejaron —y trata de contener tu impaciencia. Todo se está desarrollando

perfectamente.

— Lo intentaré —repuso Henry.

* * *

James y Ben ataron fuertemente a una especie de trineo los aparatos que tienen que transportar hasta el lugar donde han estado en el primer paseo.

Un magnetómetro para medir la intensidad del magnetismo lunar, un detector de radiaciones solares, un clasificador de moléculas y un sismógrafo. La antena de comunicaciones, con reminiscencias de viejo paraguas, y la pila atómica para suministro de energía.

Primer viaje.

Luego, descansarán. Al día siguiente hablando en términos terrestres —tendrán que realizar dos nuevos viajes para llevar al resto de los instrumentos. Una especie de base lunar, en la que, con lo que transporte la siguiente expedición, podrán quedarse por espacio de un mes.

Ben acopló el motor eléctrico al trineo.

Prueban.

El trineo se movía perfectamente con un suave tirón que le da James.

Comenzaron a caminar. Las seis ruedas del trineo se adaptaron perfectamente a los accidentes del terreno. Todas llevaban tracción.

Llegaron al borde del cráter. Invirtieron el trineo y, suavemente, lo dejaron deslizar por la pendiente.

Realizaron la misma operación en el segundo desnivel. Todo sigue desarrollándose perfectamente.

Comenzaron el camino hacia donde habían de instalar todos los aparatos.

James iba delante, tirando suavemente del trineo. Ben, detrás.

Las ruedas especiales del trineo se adaptaban perfectamente al polvo lunar.

El trabajo era duro, pero rutinario.

Caminaban lentamente. Hablaban poco.

Oyeron la voz de Henry, que comunicaba con la tierra.

— ¡Muchachos, me estoy aburriendo mucho…! —les dice a ellos.

Los dos ríen.

Haz solitarios…—replicó Ben.

— No sé —contestó el otro.

Nuevas risas.

— ¡No te da vergüenza…! —exclamó James alegremente.

— En la academia, no me lo enseñaron… —se disculpó Henry, en el mismo tono.

— ¡Atención, módulo de mando!… —llamó tierra.

Henry atendió. Nuevos datos…

James y Ben seguían su camino. Iban demasiado despacio.

Así le parecía a Ben.

— ¿No podría ir este trasto más de prisa?

— Es la única velocidad que tiene —contestó James.

Desde tierra les dicen que no se precipiten, que continúen como hasta el momento…

Ben gruñó algo, pero no dijo nada.

El tiempo transcurría. Se acercaron al lugar indicado.

«Base lunar, número uno» —así la han bautizado.

Comenzaron a desatar los instrumentos.

Marcaron en el suelo los lugares respectivos en que debían colocarlos.

Una circunferencia de treinta metros de diámetro.

Media hora después, cada aparato estaba en el lugar designado.

Hicieron las conexiones con la pila atómica.

Probaron.

Tierra les comunicó que los instrumentos respondían perfectamente.

Iniciaron el regreso. Subieron los dos en el trineo.

En el segundo viaje, los dos hombres llevaron, entre otros instrumentos, un taladrador, para que los astronautas extrajeran materia lunar a tres metros de profundidad.

Se produjo un fallo, cuando estaba a una profundidad de metro y medio, y aunque intentaron arreglarlo por todos les medios, tuvieron que conformarse con transportar al módulo lunar la materia expulsada por el aparato a la citada profundidad.

Todo había terminado ya.

James y Ben se despojaron del pesado traje espacial y lo arrojaron, por medio de un conducto especial, a la superficie lunar.

Desde ese momento, dependían única y exclusivamente, de que el artefacto —módulo lunar— funcionara perfectamente, pues en caso de avería, y aunque desde tierra lograran enviar otra nave en su auxilio, ellos no podían salir del módulo, ya que la falta de presión les mataría.

Fuera, también a una distancia de veinte metros, se encontraba el trineo.

Comenzó una nueva e inquietante revisión de instrumentos.

Henry ya tenía los cálculos precisos para acercarse a una órbita inferior y recoger el módulo lunar.

El encendido de los motores direccionales se rea

Henry tendría que volver solo a la Tierra. No podía intentar rescatarles. Todo sería inútil…

Ocho…

James miraba fijamente los instrumentos. Ninguno fallaba. Todo seguía perfectamente.

Siete…

Ben miró de soslayo al exterior. Si algo fallaba, él tomaría la píldora inmediatamente…

Seis…

Sus corazones latían con fuerza. Sus nervios estaban tensos…

Cinco…

El momento se acercaba. Siempre había salido bien, ¿por qué iba a resultar mal ahora?…

Cuatro…

Llegarían a la Tierra, y la gente les saludaría como a héroes…

Tres…

James acarició el botón que pondría en funcionamiento el cohete. Miró hacia el exterior… Se sobrecogió…

Dos…

Ben se sujetó con fuerza. Miraba como hipnotizado el dedo de James…

Uno…

Sus cerebros se negaron a seguir… La angustia les llenó todo su ser…

¡Cero!

James pulsó el botón con toda su fuerza.

El corazón les dio un salto. Pareció pararse, para luego lanzarse a una carrera desenfrenada. Sus cerebros quedaron anulados. Sólo eran sensaciones instintivas de animales.

El timbre de alarma del cerebro electrónico repiqueteaba incesantemente.

¡Emergencia!

Henry chillaba a través de la radio.

¿Qué pasa?… ¿Podéis oírme?… Contestad…

— Atención, módulo lunar…

Desde tierra preguntaban también lo que ocurría. Los nervios se habían desatado…

La computadora de guía señalaba emergencia.

James y Ben sudaban copiosamente. Un frío glacial les recorría la espina dorsal… Quedaron petrificados…

— ¡Por Dios, contestadme! ¡Decid algo!… ¿Qué ocurre?… ¿Me oís?…

James, como si despertara, tomó el micrófono…

— Hemos fallado —pronunció débilmente.

Todo quedó en silencio.

En tierra, se miraron unos a otros. Algunos lloraron…

Henry no sabía qué decir.

* * *

«Manden flores a la luna», rezaba un titular de la Prensa aquel día. Luego hablaba sobre un hombre solitario que se dirigía a la Tierra en aquellos momentos, y que aterrizaría al día siguiente a las doce horas en un lugar del Pacífico. Hablaba también de la falta de presión del motor de un cohete, producida por el impacto de un meteorito de un centímetro de diámetro. Decía algunas cosas más, que ya no tienen importancia.

EPILOGO

Plutón, orbitaba a seis mil millones de kilómetros del Sol. En el silencio de la noche cósmica, el planeta continuaba su trayectoria, inmutablemente, alrededor del astro rey, que apenas si era una estrella más.

El hombre, había logrado conquistar todo el sistema Solar. Sus tentáculos habían llegado a todos los rincones del sistema, venciendo todas las dificultades. ¡Una vez más, el hombre había demostrado su supremacía!

Dan Smith, embutido en su traje espacial, contemplo abstraído el desolado paisaje de Plutón. Caminaba lentamente, arrancando extraños crujidos, al romper los gases helados. Sentía los sonidos. Era una cualidad que se adquiere en la exploración espacial.

En ningún planeta encontraron condiciones para el desarrollo de la vida, pero ninguno era tan inquietante y sombrío como Plutón. Su mirada fue hasta la nave, que se asemejaba a uno de las numerosas crestas puntiagudas del relieve del planeta.

La observó detenidamente.

El hombre volvía a intentar la gran aventura. Primero fue la Luna, ahora, tras la conquista de todo el sistema, eran las estrellas. Siempre en busca de algo nuevo…

Dan miró su reloj…, las doce de la mañana, hora terrestre.

Mes de Julio.

Año, 2353.

Comenzó a caminar hacia la Base.

Fueron muchos, los voluntarios que se presentaron al proyecto «Alfa», que así se denominaba, en honor a la estrella que se intentaba visitar.

Alfa Centauro. Distancia del Sol, cuatro años luz.

Solo dos, fueron los escogidos. Sally Flint, experta en navegación espacial, licenciada en astrofísica y astroquímica, Y él, Dan Smith, piloto e ingeniero espacial.

La Base está cercana. De repente, unos potentes focos se encienden iluminando la nave, «Alfa-1». Dan, se detiene y la observa.

— ¡Extraordinaria!

Algunos hombres a su alrededor, parecen muñecos, embutidos todos ellos en los trajes de presión.

Comienza a caminar de nuevo. Puede distinguir claramente, a la derecha de la nave, a corta distancia, las enormes cabinas vitales, que el hombre ha instalado en el planeta, para resistir su extrema inhospitalidad.

Temperatura, cero absoluto.

— Dan —oye a través del auricular de su traje— preséntate en la cabina número cuatro—.

— De acuerdo. Voy para allá —responde.

¡Ha llegado el momento!

Las sombras, la desolación, quedan atrás. Quizá, algún día sienta nostalgia de este planeta, —piensa—. ¡Al fin y al cabo, el pertenece al Sistema Solar!

Se adentra en la Base. La luz lo invade todo.

* * *

Dan pulsa varios botones en el cuadro de mandos de la nave. La comprobación de todos los instrumentos, se lleva a cabo sin ningún contratiempo, en colaboración con el control de la Base.

— Acelerador automático de partículas —dice, Dan.

— Listo —responde Sally.

— Emisor de ondas propulsadas.

— Listo.

— Control a nave «Alfa-1»… Todo está preparado para el despegue. Conecten motor atómico,

Dan, acciona una palanca.

— Conectado —responde.

Una suave vibración invade la nave. La reacción en cadena del material radiactivo, ha comenzado. El cohete se asemeja a un caballo de carrera, impaciente por comenzar esta.

Los cerebros electrónicos, dan los últimos datos. ¡Adelante!

— ¡Suerte!

— Gracias.

Los dos astronautas, se acomodan en sus respectivos sillones.

— ¡Allá vamos! —exclama, Dan.

Sally le mira y sonríe.

Esperan.

— Cinco…

— Cuatro…

— Tres…

— Dos…

— Uno…

— ¡Fuego!

La nave, comienza a elevarse. Los de la Base, sienten una pequeña vibración. Nada más. Inmediatamente, la «Alfa-1» se pierde en la lejanía del espacio.

— Velocidad, 10.000 kilómetros por hora.

Los dos astronautas no sintieron ninguna presión, debido a la aceleración, gracias al acelerador automático de partículas, que hacía que todo el volumen desplazado por la nave se moviera a la misma

velocidad, incluidas las partículas de aire.

— Velocidad, 30.000 kilómetros por hora.

El gigantesco telescopio, instalado en la Base, enfiló su potente mirada, hacia el gran vacío y comenzó a escudriñar el Cosmos, siguiendo a la cada vez más diminuta nave.

— Velocidad, 60.000 kilómetros por hora.

Todos los instrumentos, señalaban un vuelo normal. Los cerebros electrónicos, eran, en realidad, los verdaderos encargados de pilotar la nave. Su programación, era perfecta.

— Velocidad, 80.000 kilómetros por hora.

El ser humano, se limitaba a observar y sacar consecuencias. La perfección ciega de la máquina, no era suficiente para lograr el tremendo salto hacia las estrellas.

— Velocidad, 100.000 kilómetros por hora.

El motor atómico, quedó desconectado, entrando en funcionamiento los cuatro motores iónicos.

— Velocidad, 150.000 kilómetros por hora.

Numerosos científicos, se habían opuesto al proyecto, calificándole de suicida.

— Esos hombres no volverán jamás —dijeron.

Muchas hipótesis y teorías de todo tipo, saltaron al aire. Se entabló la más terrible polémica que la Ciencia haya conocido…

— Velocidad, 10.000 kilómetros por segundo.

Pero, el proyecto «Alta» continuó adelante. Todo lo humanamente posible, había sido previsto…

Una luz roja, se encendió. Uno de los cerebros electrónicos avisaba, que desde aquel momento tendrían que usar, para comunicarse con Control, el transmisor de ondas propulsadas.

— Velocidad, 100.000 kilómetros por segundo.

Las estrellas se acercaban. El hombre había logrado, por vez primera desprenderse del Sistema Solar…

El cerebro electrónico, encargado de la navegación, informó que el «ZOR», instrumento capaz de hacer que la nave y sus ocupantes no se convirtieran en energía al llegar a la velocidad de la luz, había entrado en funcionamiento. La luz verde, quedó encendida. Potencia máxima.

— Velocidad, 200.000 kilómetros por segundo… 250.000… 300.000…

Una extraña vibración, recorrió toda la nave. Dan y Sally, se miraron interrogantes.

Todos los instrumentos seguían funcionando perfectamente.

— ¡Dan! —exclamó de pronto, la muchacha—. ¡No hay contacto con Control!

— Trataba de hallarlo.

— ¡Atención Control!, ¿nos escuchan?… Respondan…

Silencio.

— Dale mayor potencia.

La nave continuaba acercándose a las estrellas. A través de la pantalla, podían ver, como iba empequeñeciéndose el Sol, hasta tal punto, de ser una estrella más, y no de las de mayor tamaño.

— ¡Atención, Control!… ¡Respondan, por favor!…

De nuevo, el silencio.

El abismo cósmico, se extendía ante ellos.

De pronto, un sonido muy característico, les sorprendió. Uno de los cerebros electrónicos, emitía un informe.

«No existe Base alguna en Plutón».

Lo leyeron, anonadados. Dan, fue el primero en reaccionar.

— ¡Maldita sea! Este trasto, debe de estar estropeado…

«No existe Base alguna en Plutón» —volvió a repetir la máquina.

— Ordénale rastrear el resto de los planetas —dijo Sally.

Dan, la miró perplejo.

— ¿Qué piensas?

— No lo sé. Es sólo una corazonada…

El hombre, se encogió de hombros y comenzó a dictar órdenes.

Esperaron ansiosamente, unos minutos.

«No existe Base alguna en Marte».

«No existe Base alguna en Júpiter».

«No existe Base alguna en Neptuno».

— ¡Hay que detener la nave! —exclamó, Dan, sin terminar de leer todo el informe.

Accionó, bruscamente, la palanca reguladora, de la potencia de los motores. Automáticamente, la nave disminuyó su velocidad, a la vez, que una nueva vibración recorría todo su armazón.

— ¿Qué intentas hacer? —preguntó la mujer.

Por toda respuesta, Dan, comenzó a dar órdenes al cerebro electrónico de dirección. Luego, se volvió hacia la mujer.

— Volver a Plutón…—contestó.

Sally, le miró extrañada.

— No podemos continuar adelante en estas circunstancias. Sería inútil…

La «Alfa-1», describió un enorme círculo y comenzó de nuevo a acercarse a Plutón. Desconectados los motores iónicos y navegando solamente con el motor atómico, una nave se dejaba arrastrar, hacia el centro de gravedad del Sistema Solar.

Todos los instrumentos de rastreo, de que estaba dotada la nave, continuaban el rastreo de los planetas más cercanos, sin que hasta el momento, hubiera resultado positivo alguno.

* * *

Estacionados en una órbita de Plutón, Dan rastreaba mediante el telescopio la superficie del desolado planeta.

— ¡Nada! —exclamó, dejándose caer abatido, en el sillón—. ¡Esto es absurdo!

Lo intentaron varias veces más. Siempre el mismo resultado.

— Coordenadas, 8, 5,19 —ordenó Dan, al cerebro de dirección.

— ¿Qué haces?

— Pongo rumbo a la Tierra.

— ¿No vamos a aterrizar en Plutón?

— ¿Y qué íbamos a encontrar? Un mundo totalmente muerto y envuelto en la más terrible sombra…

— Hace unas horas…

— Hace unas horas, estábamos en una Base de Plutón y en el año 2353. Ahora, y según todos los indicios, dudo mucho que no haya ocurrido algo que nos haya desplazado…

— ¿Qué quieres decir? —se alarmó, Sally

—Es solo una hipótesis —continuó, Dan—, pero todas las circunstancias me dan la razón. Hemos rastreado todos los planetas y no hemos conseguido nada. ¿Qué crees que significa eso?

— No sé… —dudo, Sally—. Supongo, que será debido a una serie de circunstancias…

— Por favor, Sally —corto, Dan—. Tú eres una mujer dedicada a la Ciencia, ¿cómo puedes hablar así?

— No puedo admitir lo que insinúas, —protestó ella—. ¡Es absurdo!

— No lo insinuó, lo afirmo. Lo afirman todos los instrumentos de a bordo… ¡Nos hemos desplazado en el tiempo!… Lo que no te puedo decir, —agregó es, si ha sido hacia adelante o hacia atrás.

Sally, guardó silencio. Visiblemente emocionada, escondió la cara entre las manos.

— No puede ser —dijo con un hilo de voz.

— Vamos, cálmate —la animó, Dan—. Lo mismo que hemos llegado aquí, podremos regresar…

La «Alfa-1, había salido de la órbita de Plutón y comenzaba a adentrarse en el Sistema Solar.

— Velocidad, 200.000 kilómetros por hora.

De nuevo, les sorprendió el característico sonido que producía uno de los cerebros al emitir un informe.

Nave de características desconocidas, se dirige al planeta Tierra a una velocidad de 40.000 kilómetros por hora. Distancia cinco mil millones de kilómetros».

— ¿Qué significa esto?

Rápidamente, conectó el telescopio a una de las pantallas de televisión. Al instante, pudieron ver, como la nave, comenzaba a arder, en su superficie exterior, al entrar en contacto con la atmósfera terrestre. Luego, desaparecido…

— ¡Santo Cielo! Nos hemos desplazado a la época de los primeros lanzamientos espaciales…

Una luz roja, se encendió en el cuadro de mandos.

— El detector de ondas, señala actividad.

— Localiza de donde provienen.

Sally, accionó varios mandos, hasta que unas voces sonaron claramente en el receptor de ondas múltiples…

— Provienen de la Luna… Están en comunicación con la Tierra…

* * *

La «Alfa-1», aterrizó en un pasaje desierto de Arizona. De ella descendieron cuatro seres. Tras despedirse efusivamente, dos de ellos comenzaron a caminar en dirección al pueblo más cercano. Los otros dos, esperaron a verles alejarse y luego subieron de nuevo a la nave.

La «Alfa-1», se elevó en el aire, sin apenas ruido, y comenzó a alejarse hasta desaparecer.

Los dos hombres que habían descendido de ella, se volvieron para mirarla. En sus rostros, se notaba todavía, las veinticuatro horas de intensa angustia, vividas en la Luna.

— Si no estuviera en la Tierra, diría que ha sido un sueño — comentó Ben.

James, le miró.

— Dudo mucho, que esto no haya sido un verdadero milagro — repuso.

La nave desapareció de su vista.

Comenzaron de nuevo a caminar.

— ¿Qué harán ellos, ahora? —preguntó Ben.

— Supongo que invertirán el proceso que les trajo a esta época…

—Trescientos mil kilómetros por segundo… ¡Es fantástico! — exclamó, Ben.

* * *

Ningún periódico publicó, la noticia de que los dos astronautas, James Rich y Ben White, habían regresado sanos y salvos a la Tierra. La N.A.S.A., ocultó aquella noticia por no tener una explicación convincente…

F I N

Próximo número:

AL OTRO LADO DE LAS ESTRELLAS

Por

PETER KAPRA

Una historia alucinante más allá de nuestro Sistema Solar.
Un mundo donde todo podía suceder… por extraño que fuese.

Últimos títulos publicados

en esta colección:

479. —MONSTRUO MÍTICO, Peter Kapra.

478. —EL PLANETA MUERTO, Marcus Sidéreo.

477. —UN LUGAR EN EL COSMOS, Peter Kapra.

476. —OJOS DEL CIELO, Peter Kapra.

475. —LOS SEMIRROBOTS, Louis G. Milk.

474. —EXTERMINIO TOTAL, Cario di Pietro.